



¿Sabrá alguien lo que pasa por la mente de un **Adolescente?**

*Explicación
de la adolescencia
a través de la famosa obra
«El diario de Ana Frank»*

OSCAR SUÁREZ

¿SABRÁ ALGUIEN LO QUE PASA
POR LA MENTE DE UN ADOLESCENTE?

ÓSCAR SUÁREZ

¿SABRÁ ALGUIEN LO QUE PASA

Explicación de la adolescencia
a partir de el Diario de Ana Frank

EPÍGRAFE

Usted mismo, con su juventud rosa y su adolescencia blanquirrosa,
habrá tenido pasiones que le hayan atemorizado, pensamientos que le
hayan llenado de terror, días de ensueño y noches de ensueño cuyo
simple recuerdo pudiera teñir de vergüenza sus mejillas...

Oscar Wilde. El Retrato de Dorian Gray

PRESENTACIÓN

A continuación encontrará una obra que pretende explicar el sentido y la naturaleza de la adolescencia.

Como es característico del autor, esta vez ha recurrido al Diario de Ana Frank¹, para, a partir de las afirmaciones contenidas en esta pieza de la literatura, abordar el tema profundo e importante de la adolescencia.

Se han seleccionado frases textuales, que una a una encierran algunos de los tópicos que caracterizan esta bella etapa de la existencia humana.

En ningún momento se pretende poner como norma las vivencias que, como persona individual, experimentó Ana Frank. Se acude a su testimonio por considerar el autor en su basta experiencia de veinte años que ejemplifica lo vivido por la mayoría de adolescentes con quienes ha interactuado. Se explica la experiencia de Ana Frank, pero seguramente hay muchas chicas y chicos que han pasado por lo mismo. No se desconoce el hecho de que perteneció a otra época, a otra cultura (la judaica) y a otro país. Lo curioso es que aún con esos condicionantes conserva los elementos esenciales y comunes a todos los adolescentes, lo cual demuestra que como personas mantenemos identidad.

En psicología siempre se cuenta con la gran paradoja: se pretende generalizar, pero en lo personal o individual se encuentra la barrera de lo único e irrepetible. Esto se expresa técnicamente con lo nomotético vs. lo ideo-gráfico, obviamente que existe lo personal. Existen casos de adolescentes que no atraviesan por crisis, ni le plantean conflictos a los padres. Este texto sólo pretende que su lectura aporte elementos a la comprensión de la adolescencia.

A diferencia de los textos que abordan esta problemática, la presente obra parte de lo concreto, la realidad, la vida: es Ana Frank, la chica de 15 años, quien afirma lo que se está dando en su interior en ese proceso de pasar de niña a mujer; el psicólogo lo que hace es explicar desde los descubrimientos de su disciplina para quitarle, lo "monstruoso", "morboso" o "enmarañado" que pudieran tener dichas frases.

No es pues un análisis literario, sino un pretexto que el psicólogo encontró

para llegarle a los padres de familia y a los educadores, con un lenguaje ameno y accesible a todos los públicos. El texto, aunque se basa en los testimonios de una adolescente, bien puede servir para comprender al varón que atraviesa este mismo proceso.

INTRODUCCIÓN

La adolescencia plantea un gran interrogante no sólo a los legos en psicología sino a los mismos estudiosos de esta disciplina. Algunos dudan de la existencia real de ésta, y la plantean más bien como una situación coyuntural.

Sin embargo, la realidad y la sociedad cada vez más sofisticada e invadida por la globalización hacen patente la adolescencia como hija de occidente, lo cual acarrea la búsqueda de estrategias cada vez más acertadas que le permitan a los padres de familia no sólo conocer sino adquirir pautas de comportamiento con el nuevo ser que ingresa a la familia y a la cultura. El adolescente es real, no es un niño grande, ni un adulto imperfecto: es y debe ser un objeto de investigación y de programas de asesorías y diseños metodológicos educativos acordes con su condición emotiva y mental.

He aquí una propuesta que parte de la misma realidad: se trata de las afirmaciones de una adolescente con la naturalidad, claridad y sinceridad que los caracteriza. Ana Frank es un personaje mundial e histórico, quien se atrevió a poner en el papel las turbulencias de su alma sin ninguna cortapisa, permitiendo así hacer una radio-grafía del alma del adolescente a los ojos del investigador.

Por esa razón este libro analiza, frase por frase, lo escrito en el Diario. Nada se ha inventado. No se parte de la teoría.

Se parte de la realidad, tal como le gusta al investigador, quien escudriña aquí y allá en procura de descartar o demostrar lo que se plantea en la teoría. La persecución nazi a los judíos en la segunda guerra mundial generó que la familia de Ana Frank se escondiera durante dos años en una buhardilla. Esto permitió que la adolescente plasmara en su diario todos sus sentimientos, no sólo sobre su propio proceso psicológico sino sobre la misma guerra: este testimonio se ha convertido en una joya documental que demostró la barbarie de este episodio de la historia.

Nuestra adolescente nació el 12 de junio de 1929 en Frankfurt (Alemania), siendo la menor de dos hijas del matrimonio conformado por dos judíos alemanes que se radicaron en Holanda. Al ser invadida ésta en 1942 por el

ejército de Hitler, se refugiaron en una casa contigua al lugar de labor del padre, cuando la chica contaba con 13 años de edad, junto con otras cuatro personas; el autocautiverio terminó a los dos años, cuando por delación, la policía secreta del régimen nazi arrestó al grupo, repartiéndolos para diversos lugares. Ana y su hermana murieron en el campo de concentración de Bergen Belsen un año después, en marzo de 1945. El único sobreviviente de la familia fue el padre, quien pudo publicar el diario y difundirlo como una razón de vivir hasta el año 1980 cuando falleció en Suiza.

Es entonces, desde este testimonio, escrito con sangre, de donde se parte para explicar el fenómeno siempre vigente de la adolescencia. El autor ha querido utilizar esta estrategia no sólo para validar sus afirmaciones, sino para darle amenidad al escrito asimilándolo a la narración literaria. Es una explicación de la adolescencia a partir de los descubrimientos de la Psicología con el pretexto del Diario de Ana Frank.

¿QUÉ ES LA ADOLESCENCIA?

¿Sabrá alguien en esta casa todo lo que puede pasar por la mente a una adolescente?

Ana Frank

Vale la pena dedicarle unas cuantas líneas a la definición de este concepto, cuya explicación va a tomarnos todo el libro. No existe consenso entre los expertos.

Mucho hemos ganado con que, al menos se acepte la existencia del adolescente y no se le considere como un niño grande o un adulto imperfecto.

La realidad que vivimos hoy, tan influenciada por la globalización y los grados de especialización que requiere el mercado laboral, genera la consolidación del adolescente como figura destacada e inspiradora de atención, tanto de proyectos educativos como investigativos.

Tal como lo afirma la Dra. Kaplan² "No es ni una repetición del pasado ni una mera estación intermedia entre la infancia y la edad adulta, sino un espacio de historia y potencialidad".

La adolescencia reclama y merece un lugar aparte y privilegiado en los estudios de psicología. Es una etapa del crecimiento cuando se estructura el yo, en la cual se viven y experimentan crisis fundamentales en la consolidación de la personalidad, tales como la de identidad, autoridad, y originalidad.

Es un espacio pleno de historia y potencialidad y no debe considerársela sólo cuando se hace una mirada a los niños. Ya bastante le han dedicado los tratadistas en psicología del desarrollo. El siglo XXI es el siglo de los adolescentes.

¿Y por qué la definición de ella suscita tanto recelo?

Una de las causas quizá se deba a que no es un fenómeno netamente psicológico. Se encuentra entrelazada con la biología, la cultura y la psicología. Bien lo ha dicho Mussen³ "La adolescencia comienza en la biología y termina en la cultura". Nace en la biología, se genera en la pubertad, pero no se queda

ahí. Trasciende a todo lo emocional y mental.

Suscita todo un despertar de la misma visión del mundo y de la vida. Por eso no se puede considerar como un hecho físico. Desencadena una serie de hechos que, si no estuvieran enmarcados en ella (la adolescencia), atraerían sobre el chico o la chica la duda de su equilibrio mental.

Y así lo explica Ana Freud: "La adolescencia es una interrupción del plácido crecimiento que recuerda aparentemente diversos problemas emocionales y trastornos estructurales, tanto que, ser normal durante la adolescencia es por sí mismo anormal".

O sea que el chico o chica que atraviesa esta etapa vive situaciones tan peculiares, que lo extraño sería que no las presentara. Es anormal ser normal. Por eso no pueden hacerse diagnósticos ni sobre identidad sexual, ni sobre equilibrio emocional. Es una época de fluctuaciones y labilidades afectivas. Es un período de ambivalencia afectiva y conflictos con la autoridad.

No obstante lo anterior, las definiciones tienen de fastidioso que nos sacan de lo concreto y nos llevan a la elucubración y abstracción de los conceptos.

Por eso es mejor partir de la realidad, de la vivencia. Es una chica adolescente, quien desde su sentir y existir nos mostrará uno a uno los tópicos que en esta etapa de la vida se manifiestan. Al contrario de los textos de psicología, en los que primero se explica y luego se va a la experiencia, aquí primero observaremos la realidad y luego explicaremos. Por eso Ana Frank, con su diario, nos llevará de la mano por:

- Conciencia de la adolescencia
- Crisis de identidad
- Relaciones isofílicas
- Contestación o rebeldía
- Masturbación
- Idealización y romanticismo
- El despertar del amor
- Tendencia a la soledad
- Pensamiento formal
- Mecanismos de defensa
- Duelos adolescentes
- Sexualidad y genitalidad
- Necesidad de aprobación
- El adolescente y la familia

CONCIENCIA DE LA ADOLESCENCIA

Creo que siento en mí la primavera, siento el despertar de la primavera, lo siento en el cuerpo y en el alma. Tengo que contenerme para comportarme de manera normal, estoy totalmente confusa, no sé qué leer, qué escribir, qué hacer, sólo sé que ardo en deseos...

Ana Frank

La adolescencia se ha definido como "La primavera de la vida". Curioso que Ana lo sepa o, al menos, lo intuya. Siente la primavera en su cuerpo y en todo su ser. Es una oportunidad para pensar en esta etapa de la vida, no como una época de crisis y conflictos, (que acaso, para algunos lo será), sino como un momento de belleza y colorido. Sólo se es adolescente una vez en la vida. No le convirtamos a los chicos la bella época en un momento de tensión con nosotros, de lágrimas, enfrentamientos, huidas de casa o en momentos de depresión. Los adultos también debemos crecer junto a nuestros hijos o estudiantes, pues ellos con sus salidas un tanto listas e inteligentes, ponen a prueba nuestra calma y cordura.

Ana dice que arde en deseos, nada le llena; es la sexualidad que se le asoma por todos los poros, que la invade, y que la llena de vitalidad. Una vitalidad útil para descargarla en tantas actividades productivas, siempre y cuando encuentre canales y motivadores que conduzcan esa energía de manera eficaz. Es sexualidad, no genitalidad. Sexualidad que nos hace personas, que nos mantiene vivos y que nos hace partícipes del plan creador de Dios. Una sexualidad bella porque permite que el cuerpo se recree y se reanime, que se gesten ideas brillantes o quizá destrezas para el deporte o el arte. Por eso hay que ofrecerles salidas a los chicos, no dejarlos solos con tantos deseos que se agolpan en sus mentes y sus cuerpos, que puedan confundirlos o angustiarlos. Unos deseos que no pidieron, de los cuales no tienen por qué culparse y que aparecieron de buenas a primeras. Los adolescentes necesitan que los adultos les digan que lo que sienten es bueno y puede canalizarse.

La adolescencia es una realidad compleja en la que, aparte de los muchos

cambios y transformaciones físicas, culturales y familiares, no se pueden olvidar los cambios realizados en el área de la personalidad.

Es necesario, por tanto, diferenciar pubertad de adolescencia. La primera se refiere a todo el aspecto biológico y comprende los cambios físicos generados por las glándulas de secreción interna o endocrinas que aparecen como un aspecto perfectamente natural y esperado. La pubertad o pubescencia es un proceso físico y biológico y no necesariamente trae consigo la adolescencia; pero aunque parezca un juego de palabras, la adolescencia sí, necesariamente, involucra a la pubertad, hasta tal punto que puede decirse que nadie inicia su adolescencia si no cuenta con la pubertad. En el caso inverso podrían citarse casos (sobre todo de niños con algún tipo de retraso mental) en los cuales se da la pubertad, pero no la adolescencia. Ésta se centra fundamentalmente en la personalidad, de ahí que algunos tratadistas creen que se refiere exclusivamente a los cambios que se realizan en esta dimensión humana. Es aquí también pertinente referirnos un poco a la afirmación según la cual, la adolescencia se inicia en la biología y culmina en la cultura; esto se enmarca perfectamente en la consideración de que ésta es un fenómeno eminentemente cultural y particularmente de occidente.

Es la cultura la que, mediante ritos, comportamientos y actitudes, crea la adolescencia, la cual, en diversas subculturas, tiende a prolongarse debido a los niveles cada vez más largos de especialización en los estudios a los que muchos jóvenes se ven sometidos antes de su ingreso a la vida laboral, fenómeno que implica un confinamiento más extenso en la casa de sus padres. O sea que la cultura también indica cuándo es la mayoría de edad, que es otra forma de decir que la adolescencia se prolonga.

Es una etapa de grandes cambios psicológicos y sociales que ponen al individuo en situación de constituir su identidad personal, al mismo tiempo que tiene que hacer frente a nuevas formas de vida.

La identidad personal, o construcción de una nueva personalidad, es el proceso central de la adolescencia; se sufren cambios en los que el nuevo adulto, que se adentra en el mundo inexplorado de los mayores, conocerá aspectos como la responsabilidad, el darle la cara a sus propios hechos, construir su propia escala de valores, sus propias creencias, su autonomía, su independencia económica y su residencia en un lugar aparte del de sus padres. He ahí, entonces, los grandes retos que el chico se ve obligado a enfrentar y que no son nada fáciles, porque quizá desde niño los padres lo acostumbraron a no pensar por sí mismo. Nunca tuvo que tomar decisiones, ni siquiera en aspectos que tocaran directamente con él, como decidir en qué jardín o colegio estudiar, qué nombre llevar, qué ropa ponerse, cuándo ir al médico y así en general. Pero ahora en la adolescencia tiene que "estrenar" el pensamiento, y en un aspecto central como es la toma de decisiones: tendrá que decidir, allí se

encontrará con aspectos a veces lúgubres y angustiantes de la existencia: la soledad que da la adultez; nadie podrá acompañarlo en decisiones trascendentales de su vida como saltar al vacío. Éste es el primer encuentro con ese carácter huraño y serio que es la vida adulta, y también empezará a conocer el significado y valor del dinero; que éste no aparece de manera mágica, que es menester trabajar, y a veces duro, en una sociedad que se ha materializado. Tanto, que valora a los demás según la cantidad de dinero que se tenga: "Cuánto tienes cuánto vales". El darse cuenta de esta premisa social será un aspecto de dolor o tristeza para el adolescente.

El problema clave de la adolescencia es el de la búsqueda de la identidad o el de saber quién es y cuál es su papel en la sociedad. El adolescente reconoce que no es lo que era e ignora lo que será. Y ante esta situación emprende una ansiosa búsqueda de su identidad personal. Quiere saber quién es y hacia dónde va.

La identidad y el yo son hijos de la adolescencia; la construcción de un nuevo ser será un aspecto muy reiterado a lo largo de este libro, porque de ello trata la adolescencia de manera fundamental.

Es preciso decir que muchos adultos no tienen clara esta pregunta: "¿Quién soy yo?" o "¿Qué quiero de la vida?". Son personas que pasaron por la adolescencia sin dejarse afectar por ella y sin asumir las angustias y confusiones que genera el interrogarse por el sentido de su vida.

Desglosemos esta pregunta tan amplia: ¿Quién soy yo, qué soy, qué quiero, cómo me defino, cómo veo el mundo, cuáles son mis principios y creencias, cómo puedo diferenciarme de los demás, qué quiero del futuro, de dónde vengo, cuál es mi pasado?

Todas estas preguntas de no fácil resolución, no sólo implicarán tiempo al adolescente para resolverlas, sino que le generarán dolor y ansiedad, dado que por primera vez tendrá que empezar a manejar una empresa que es suya, su propia vida. Para salir airoso nadie podrá acompañarlo, ni siquiera darle pistas, ni la propia mamá, ni su novia, ni un amigo o amiga.

Son aceptables y comprensibles los estados depresivos y de ensimismamiento por los que atraviesa el muchacho, dado que está empeñado en encontrar esas respuestas tan fundamentales y tiene que arrancarlas de lo más profundo de sí mismo. Debe hacer un viaje al interior de sus sentimientos y explorarlos para extraer de ellos la definición propia de su existir. Tal vez este interrogatorio puede llevarlo a cambios en el humor manifestados por ejemplo, en el paso de una alegría excesiva a una tristeza inconsolable. Suele ocurrir que el adolescente sienta rabia al tomarse muy en serio aspectos del pasado de sus padres; que no los vea muy aceptables moralmente, y experimente un reproche o rechazo hacia ellos.

El adolescente se encuentra sometido a presiones conflictivas del exterior y a

las expectativas que sobre él tienen las personas de su entorno inmediato. Tiene que aceptar el mundo tal como es y no como le gustaría que fuera.

Son muchas las presiones que atraviesa: los padres le piden que cambie su comportamiento, que explique el porqué de sus reacciones, que use su raciocinio, que ya no sea niño, que cambie de humor, que no se deprima y él mismo no sabe y no puede hacer mucho por satisfacer estas demandas de su entorno que generalmente provienen de sus padres, profesores y de sus inmediatos cercanos, que en su mayoría son adultos. Aceptar el mundo tal como es, ¿pero cómo es el mundo a los ojos del adolescente? Dada su sensación de cambio y sus expectativas primaverales, la tendencia es a querer la realidad, como una fantasía de colores y ensueños en la que todo sea "color de rosa", y por lo tanto este mundo, esta realidad se le presenta como fría, distante, llena de errores, inconsistencias, hipocresías y maldad. Por eso es natural que el mundo donde hay pobreza e injusticia social le genere dolor y hasta le arranque lágrimas. Es muy común ver a chicos y chicas adolescentes sentir profunda sensibilidad social ante hechos innegables de muerte y hambre en países mal llamados del tercer mundo que muestran lo imperfecto de los sistemas de gobierno y políticas económicas de los adultos. Es común también ver a los adolescentes estar atentos a las inconsistencias nuestras, a criticar, a veces, la hipocresía con la que los adultos nos sometemos en nuestras relaciones sociales en las que mantenemos una fachada de agrado y gusto con ideas que en un momento dado no compar-timos. Por esta razón el adolescente es el censor en la casa y recibe tanta agresión porque muestra los errores, pues no soporta la mentira ni la falsedad; él mismo está en búsqueda de la autenticidad y la transparencia, y ve cómo los adultos, quienes lo invitamos a la madurez, no somos precisamente los modelos adecuados de ella, ni de la perfección.

Que el adolescente comprenda que ser adulto es también tener imperfecciones, incongruencias, es lograr el ajuste a la realidad tal como es.

El adolescente, presionado por las transformaciones corporales (pubertad), debe forjar una imagen de sí mismo que contemple la integración de las diferentes zonas erógenas (que en un principio permitieron el descubrimiento por partes del propio cuerpo) y su subordinación a la genitalidad, con lo cual su cuerpo pasa a tener entonces un claro significado sexual. Llegada la pubertad, la aparente tranquilidad de los períodos precedentes se trunca. Se pone en cuestión una imagen corporal constituida hasta entonces en términos gene-rales de inocencia.

¿Qué es eso de zonas erógenas? Expliquemos. El desarrollo de la sexualidad tiene dos componentes en la persona: el cuerpo y los genitales. Los diferenciamos porque el cuerpo, en sus diferentes partes, puede sentir placer. Para cada persona es diferente, es decir, hay personas que pueden sentir placer en el dedo gordo del pie, entonces podemos decir que esta zona del cuerpo es

una zona erógena (eros =amor; geno = origen) y para otras, las manos, el cabello, la espalda, el cuello, etc. Lo que sí podemos decir, es que todo el cuerpo es susceptible de experimentar placer, o dicho en términos psicológicos, todo el cuerpo puede ser una zona erógena.

Ahora volvamos a lo del adolescente que está dejando el cuerpo de niño. En el niño, sólo funcionan las zonas erógenas, debido a que las glándulas endocrinas no le han permitido su desarrollo gonadal y sus genitales no le dan acceso por tanto a la genitalidad, al coito. Cuando llega la pubertad, llega la genitalidad. El pene o la vagina, ya están preparados para la reproducción y le permiten sentir aquel placer hasta ahora reservado a los adultos. Entonces el cuerpo del adolescente se ve exuberante, llamativo, por donde pasa despierta las miradas, se ve erótico, sugestivo, está como una flor en primavera.

Por supuesto, la tranquilidad de los años infantiles se trunca, desaparece la llamada inocencia, se reemplaza por la excitación y los momentos de tensión, hoy más que nunca exacerbada por la televisión tan llena de imágenes erotizadas, con modelos tanto masculinos como femeninos, que envían mensajes sensualizados y que invitan al sexo de forma directa. ¿Cómo culpar al adolescente de hoy de su temprano inicio en la genitalidad, si los adultos no encontramos otra forma de promocionar productos si no es con cuerpos semidesnudos y figuras bellas de formas tan perfectas y reconocidas?

El cuerpo total, completo, se asume ahora como una entidad perfectamente diferenciada (dicotomía yo – no yo),

porque a su vez el adolescente se encuentra ante la imperiosa necesidad de estructurar un nuevo yo corporal y conformar en torno al mismo una nueva identidad. Proceso nada fácil si tenemos en cuenta que el yo, a esta edad, es lo suficientemente débil como para tener dificultades de integración del cúmulo de transformaciones que, de forma intrusiva, se apoderan de él. Con la irrupción de la maduración sexual, el adolescente puede sentirse falto de coherencia interna, y por lo tanto verse perturbado el sentido de la propia identidad.

Estas zonas erógenas que fueron determinantes en la niñez, se tienen que organizar en torno a los genitales, para, naturalmente, orientarse en función de una nueva organización que le permitirá el desarrollo hacia la adultez. Sexualidad representada en la "erogeneidad", y luego sexualidad, tienen íntimas implicaciones estructurales con la yoicidad. Es decir, que la unificación de la sexualidad es la unificación del yo. Pero, lo curioso es que este proceso ocurre lentamente, y por eso el chico la vivencia así, y se ve como dividido. ¿Este acceso no se parece a la psicosis, donde el yo está escindido? Sí, pero como lo anotara Ana Freud, es lo específico de esta edad, hasta tal punto que es anormal que un joven no se sienta así. Emanan, entonces, preguntas que piden cuenta sobre este estado desorganizado. ¿Para dónde se fue mi cuerpo? ¿Cómo es que vine yo a transformarme en otro yo? Nadie podrá dar respuestas.

Es frecuente el sentimiento de extrañeza y de no reconocimiento del propio cuerpo que invade al adolescente como si de una esquizofrenia se tratara.

Una esquizofrenia temporal que le permite al chico ser a ratos niño y a ratos adulto; querer una cosa y a la vez no quererla; querer y odiar al mismo tiempo; sufrir vaivenes en sus sentimientos, experimentar ambigüedad afectiva hacia sus padres: "Quiero que me cargues, me colmes de besos y a la vez quiero que me dejes solo, que me dejes ser yo mismo. Que no me acompañes a ningún lado porque me daría pena con mis amigos que creerán que todavía soy tan niño, que mis padres necesitan cuidarme".

Es un cuerpo extraño. Es una realidad nueva a la que tendrá que darle la cara el chico o la chica, y nadie le enseñó a hacerlo. Este es el juego entre el yo y el no yo; ser o no ser, que está bien expresado en la literatura, pero que, cuando se vivencia, se siente con dolor y con la afección trágica propia de estos años de ternura por los que atraviesa el adolescente, añorando que los adultos no seamos tan crueles y tratemos de entender que estos estados no son el resultado de melindres o el gusto por llamar nuestra atención.

El cuerpo se vuelve central. El yo se vuelve centro. Por eso los psicólogos hablamos de un narcisismo evocando la figura de Narciso en la literatura, quien se amaba tanto, que al darle un beso a su propia imagen proyectada en un lago, se ahogó.

Tal vez por eso las chicas no quieren comer arroz, algunas se vuelven anoréxicas (faltas de apetito) y los chicos se pasean por los gimnasios. El cuerpo y la vivencia de él en esta, edad más que nunca, se convierte en rey.

Tiene la sensación de estar deformado físicamente, carencia que no tiene por qué corresponderse con la realidad, ya que se trata de falsas preocupaciones de la imagen de sí mismo, base del narcisismo secundario las cuales, suponen la unificación del yo y permiten la toma de conciencia de la individualidad.

Las chicas se sienten feas y los chicos carentes de atractivo, no valen las múltiples voces que les gritan lo bellos que son: es una voz de adentro que hace rechazar las protuberancias que acaban de salir y que se llaman senos; experimentan a veces vergüenza y hasta asco de una materia amarillenta que aparece por primera vez y que se conoce como semen.

Los padres, reitero, deben decirles que esto es bueno, y natural que se experimente, que de no hacerlo, los chicos se refugiarán en la soledad que los lleva a la depresión.

Claro que la individualidad, la personalidad, la originalidad requieren esta soledad, que tiene como precio el dolor de no poderlo compartir con nadie.

Ser persona, preguntarle al corazón y sólo a él, tomar decisiones, arriesgarse a saltar al vacío, trae como consecuencia el alejamiento de los demás y la capacidad de retrospección y reflexión hacia sí mismo. Un narcisismo que deberá

ser superado en parte, pues de no hacerse rayará en la egolatría o egoísmo que algunos adolescentes ostentan y que perjudica las relaciones sanas de tantos adultos. Por eso la madurez implica no encerrarse en sí mismo y preocuparse un poco por los demás.

Los adolescentes se mantienen, como hemos dicho, en este narcisismo, o se centran en sí mismos y en sus necesidades. Atentos a lo que ocurre con su cuerpo.

A ello contribuye de forma excepcional el interés que muestran los jóvenes por pasarse largas horas ante el espejo.

El verse reflejado en un espejo ayuda a delimitar la realidad corporal y vivenciarse como una totalidad. Ahora bien, permite defenderse de la angustia que crean unas modificaciones corporales sentidas como fuentes de distorsión. De ahí el no reconocerse en ocasiones por discrepar la vivencia corporal imaginaria con la imagen fotográfica y real.

Todo se convierte en una realidad visual; los sentidos se exacerban, la plasticidad del mundo cobra vida. El verse y el mostrarse; las miradas y el ser mirado.

La pregunta al espejo: "¿Quién es la más bella?" ya no la hace la madrastra de Blanca Nieves, la hace directa-mente la chica adolescente quien, como hemos afirmado, se muestra ante él largas horas, no sólo con la pretensión de recibir la respuesta del cuento, sino para que éste le devuelva su yo integrado. Por eso la pregunta ahora es: ¿Quién soy yo? ¿Dónde están todas las partes de mi corporalidad? Ya no es sólo vanidad, es una pregunta y de las más fundamentales.

El espejo se convierte, entonces, en testigo mudo del nuevo ser emergente; por eso es cómplice y amigo, y a la vez es portador de una gran sabiduría. Esto es contradictorio con lo que sucede con el esquizofrénico real, para quien la imagen que proyecta no la reconoce, no se identifica. En cambio, los llamados normales sí nos identificamos con esa imagen que aparece en el espejo, que, al decir de los entendidos en física, es una imagen virtual (falsa) y está más allá del objeto.

Importa el aparecer, el figurar, de ahí el interés por las fotografías y la apariencia; ningún adolescente saldrá a cumplir algún deber demandado por sus padres si antes no se ha acicalado y arreglado lo suficiente para mostrarse con todo el donaire que requiere su nueva condición.

La imagen de un adolescente es la de un cuerpo en eterno presente, en eterna juventud, que no necesita del pasado (tradición) ni del futuro (ligado a la experiencia) para llegar a ser, sino intenso presente (presentismo) con el que se revela en el "póster" triunfante de un joven constante, deportista o aventurero que ha llegado a conquistarlo todo (salud, dinero y amor) y en plena juventud.

En esta época, más que en otra, le asaltan a los jóvenes los sueños por conquistar el mundo y ser los triunfadores. Es la época de la inmediatez, no la del futuro. Para ellos la vida es aquí y ahora. Nada le significan entonces las invitaciones al más allá que pregonan la religión, ni la invitación a la vida eterna por las buenas obras.

La obra de Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*, ejemplifica este hecho cuando muestra a un hombre joven y apuesto que se manda a hacer un retrato para que éste reciba el paso del tiempo, mientras el cuerpo real permanece en eterna juventud. ¿Acaso esto no fue también un anhelo de nosotros los adultos quienes, a través de la literatura, evidenciamos la búsqueda de la mandrágora o la pócima de la eterna juventud?

La música es la primera realidad cultural de la adolescencia; la música es, además, danza y agitación grupal. Una discoteca es como un claro de bosque en cuyo centro convergen los rayos (focos) de sol que traspasan las capas de los árboles en movimiento; allí, al son de una música cada vez más mecanizada y rítmica, mueven frenéticamente sus cuerpos los adolescentes.

Es la música una realidad demasiado importante para los chicos y las chicas; ella va a tono con sus sentimientos, expresa los vaivenes y cambios súbitos en sus ideas y su humor; expresa todo el deseo contestatario que esconden y que quieren sacar a pasear para mostrarle a los adultos que no son iguales a ellos.

La música es cómplice, es compañera, es antídoto para la tristeza y el desengaño; la música es mensajera entre enamorados, es relajante, es musa inspiradora de poesía.

Es curioso que, en toda época, aunque la expresión musical de los jóvenes haya sido diferente, rebelde y no convencional, en el fondo no satisfaga totalmente a los chicos y algunos sólo se dejen llevar como una manera de sentirse protegidos en el grupo que dice gustar totalmente de los géneros un tanto extraños, monótonos y altisonantes. Porque la experiencia muestra cómo los adolescentes se aferran al Rock, Black Rock, Heavy-Metal, Trance, con tanto gusto cuanto sea la molestia de sus padres por estos géneros musicales; pero una vez que van camino a la adultez y ya no está la tensión, quizá incorporen a su repertorio melodías y canciones que pertenezcan al acervo de la humanidad y de sus mayores.

Les encanta llamar la atención, despertar el miedo y la admiración que suscita en los adultos su preferencia por tambores e instrumentos ruidosos y altisonantes, y más cuando a éstos se les endilga tener mensajes satánicos. Ante todo es la diferencia. Es tomar distancia del gusto de los adultos; los adolescentes son otros seres. El baile y las canciones también se convierten en actos originales.

En este delirio de movimientos rítmicos, se vive presente, la eterna juventud, lejos del rechazo que provoca la infancia y de la angustia que provoca la

adultez, y, si es posible, lejos del espacio y el tiempo paternos: espacios nuevos, rutas de discotecas y tiempos de la noche, lejanos del mundo febril y diurno de los adultos.

Es una nueva realidad creada por los muchachos, en la que no están las miradas de los padres que acaso sean enjuiciadores, pero en la que, con mucha frecuencia sí está la droga, una nueva substancia que será un estimulante para estar tantas horas seguidas contorsionándose quizá sin pareja, o sin la necesidad de la heterosexualidad, chicos con chicos o chicas con chicas o grupos que forman ruedas bailando al unísono una misma melodía.

La discoteca, el grill, se convierten en una zona de distensión; no están los deberes externos ni las preguntas interiores que se vuelven tan angustiantes y hartas.

A este universo adolescente, único y diferente al de los adultos, difícilmente tendremos acceso, a no ser por nuestro intento consciente y constante de hacer empatía con ellos e invitarles a que nos lo comuniquen, logrando de este modo entablar diálogos y momentos de entendimiento liberadores, tanto para ellos que se sientan comprendidos, como para que nosotros nos sintamos libres de culpa por nuestro alejamiento.

CRISIS DE IDENTIDAD

Y entonces me duermo con la extraña sensación de querer otra cosa de la que soy, o de ser otra cosa de la que quiero, o quizá también de hacer otra cosa de la que quiero o soy.

Ana Frank

Este es el conflicto de identidad. Ana expresa, quizá con poesía, lo que de una u otra forma sienten los adolescentes cuando su yo comienza a transformarse a pesar de ellos. La mayoría de los psicólogos dice que éste es el verdadero meollo de la adolescencia: la identidad que hace crisis y que se reconstruye ya con los aportes de una genitalidad que aparece.

Eric Erikson es el psicólogo pionero en estudios acerca del concepto de identidad, y por lo tanto de la crisis. Estableció varias categorías según las cuales, a lo largo de la existencia, la identidad se ve cuestionada. Estanislao Zuleta⁴ decía que siempre la identidad está en cuestión. Siempre nos estamos preguntando. "¿Quién soy yo?". Pero existen momentos en la vida cuando se hace más aguda esta pregunta. La pérdida del empleo, la ruptura de una relación amorosa, o la aparición de una enfermedad.

En la adolescencia se habla de crisis de identidad. Dicha expresión fue utilizada por primer vez durante la segunda guerra mundial; se encontró que ciertos combatientes que eran atendidos en una clínica de rehabilitación habían perdido la noción de identidad consigo mismos y de continuidad histórica. Estaban afectados en el control central de sí mismos, del cual sólo la instancia interna del yo podía ser responsable. Asimismo, consta que esta misma pérdida de identidad del yo existía tanto en jóvenes que sufrían conflictos graves, y cuya sensación de confusión era parecida más bien a una guerra dentro de ellos mismos, como en jóvenes rebeldes confusos y delincuentes destructivos que se hallaban en guerra con la sociedad.

Es decir, que traumas, cuyo impacto incide en la concepción que una persona tiene de sí misma, afectan su noción de identidad: el presenciar la muerte de muchas personas, la mutilación de una pierna o la pérdida material y su

sensación interna de desubicación tienden a desestructurar el yo.

Se ha entendido el término crisis como algo fatal y catastrófico, pero en medicina no tiene esta connotación.

Para esta disciplina, dicho término tiene un sentido positivo en cuanto que crisis se considera una situación de triunfo de los procesos defensivos del organismo sobre los elementos nocivos, de tal manera que una situación de crisis es indicativa de salud, puesto que es la reacción superada del trastorno. Es en este sentido como Erikson toma la crisis de identidad del adolescente: como una oportunidad para crecer, madurar y convertirse en adulto.

El chico ya no quiere ser el niño que simplemente se limitaba a obedecer, ahora quiere rebelarse contra la autoridad en la búsqueda de autoconstruirse como persona diferenciada.

Este sentido dado a la palabra crisis en el campo de la psicología, lejos de entenderse solamente como una situación crucial, incluye además la reorganización o estructuración del aparato psíquico o de la personalidad en un momento dado. De tal manera que toda crisis es maduración y superación de situaciones problemáticas y tiene en sí un potencial constructivo y, por el contrario, su ausencia es considerada como algo psicológico de mal augurio en cuanto a la reestructuración ulterior del aparato psíquico.

Asimismo, cuando aparecen crisis en una relación de pareja, o cuando la vocación hacia determinada profesión o estilo de vida entra en crisis, es muy posible que la pareja o la persona salga enriquecida y renovada, pues es una oportunidad para cuestionarse y llenarse de motivos para continuar, afianzarse o abandonar, lo cual también generará una sensación de liberación, transparencia, y congruencia.

Pero, ¿qué es identidad?

El mismo Erikson reconocía la dificultad de definir este término que todos usan, con la certeza interior de saber a qué se refieren, pero sin embargo muy gaseoso y de difícil definición; él mismo dijo: "Hasta ahora he utilizado el término de identidad casi deliberadamente, creo, con múltiples y diferentes connotaciones. En alguna ocasión parecía referirse a un sentimiento consciente de individualidad única; en otra, a una aspiración inconsciente a una continuidad de la experiencia, y, por último, a una solidaridad con los ideales de un grupo... Identidad en sentido vago significa, desde luego, en gran parte aquello que ha sido designado como el sí mismo por distintos autores, ya en forma de concepto de sí mismo, o en el de fluctuante experiencia de sí mismo"⁵.

Así son los conceptos, difíciles de definir. Sobre todo cuando se pretende hacer ciencia y no divagar.

A lo largo de estas páginas iremos aportando elementos para construir una hipótesis, que tampoco es definitiva ni exhaustiva.

De una manera general, la identidad es entendida como la versión privada que la propia persona hace sobre el concepto de características personales que mejor la definen (Hopkins)⁶ como la vivencia que cada persona tiene de sí mismo, en la cual se experimenta como poseyendo una unidad y una continuidad.

Versión privada de características personales. Cada persona en su interior tiene una interpretación de cómo es y cómo se define. Cada persona hace una lectura de su ser. Por ejemplo, el que es obeso, y observa a alguna persona obesa en la televisión, tiende a sentir o a pensar que no es como el que aparece en la tele. Quizá diga: "Ah, pero yo no tengo tantos bananos", o "ah, pero yo no me veo así, ¿verdad?". Es que la identidad es una versión privada. Es como yo mismo me veo, me siento y me pienso.

Para Erikson, identidad se refiere con frecuencia a algo enojosamente manifiesto, a una búsqueda más o menos desesperada o casi deliberadamente confusa, y que se encuentra localizada en el núcleo del individuo y de la cultura comunitaria.

Por esa razón, para el adolescente se le vuelve tan angustiosa esa búsqueda: está dentro de él mismo y nadie puede acompañarlo, ni la mamá, ni la novia, ni los amigos. Es un descubrimiento que se logrará siempre y cuando se emprenda la marcha y se pague el precio: la soledad y el dolor.

Apoyándose en las expresiones de William James "El yo auténtico es sentirse a sí mismo más íntimamente activo y viviente" y de Freud "Conciencia clara de íntima identidad" el término se entiende como el senti-miento subjetivo acerca de una vigorizante mismidad y continuidad. Es la diferenciación y la singularidad individual. La percepción de uno mismo como algo distinto y separado de los demás, aunque comparta con ellos los mismos intereses, o como el sentimiento que una persona tiene de su singularidad.

Esto es clave y determinante. Tener identidad es ser siempre el mismo, mantenerse, ser diferente. De ahí la afanosa preocupación del chico por separarse de los conceptos y pensamientos de sus padres. Quiere ser él mismo. Una persona única e irrepetible. Claro que en la búsqueda de esta identidad algunos acuden a una actitud de llevar la contraria. Es explicable esto, pues de alguna manera, buscan diferenciarse.

La formación de la identidad adolescente se corresponde propiamente con la quinta etapa que Erikson establece en su tesis acerca de la formación de esta noción en la persona. A esta etapa la denomina identidad y se da frente a la confusión que está viviendo el adolescente acerca de sí mismo. El rápido crecimiento físico y la madurez sexual son los factores que alertan al niño del inminente paso a la adultez. Desde el comienzo de esta etapa, los adolescentes sienten una gran preocupación, entre curiosa y morbosa, por la diferencia en el modo como los ven los demás y como ellos se perciben a sí mismos. También

desean saber cómo conectar los roles adquiridos y capacidades cultivadas con los prototipos

e ideales que les plantea la actualidad. Es en este momento cuando, por primera vez, de manera consciente y preocupada, se hacen estas dos preguntas: ¿Quién soy yo? ¿Cuál es mi papel en la sociedad?

Preguntas que se les clavarán en su pecho, y que continuamente aparecerán como viejas grabaciones, generando dolor, angustia y preocupación.

¿Quién soy yo? Es la clave de la adolescencia. Y es el punto para crecer. La vida no nos alcanzará para responder satisfactoriamente esta pregunta. Pero a medida que alcancemos logros, que nos arriesguemos, que nos confrontemos, que nos enamoremos, encontraremos respuestas parciales que momentánea y transitoriamente nos tranquilizan. Los padres y educadores no deben agudizar la angustia con frases que ponen entre la espada y la pared al chico que, precisamente se está haciendo esta pregunta.

La confianza básica obtenida por el niño en su relación con la madre, le sirve ahora para ver a las personas y las ideas de las que pueda fiarse; pero al mismo tiempo, tendrá miedo de fiarse demasiado. La autonomía de la niñez le impulsó a determinarse por lo que se podría querer libremente, ahora le impulsa a buscar la oportunidad de decidir libremente acerca de actividades profesionales y estilos de vida futuros.

Por eso la obediencia ahora no le será buena compañera. Tendrá que construir sus propias creencias, valores e ideas.

En algunas acciones en las que los adolescentes desafían la obediencia paterna, están tratando de buscar otros caminos para lograr sus metas. Se están probando.

Esto es paradójico. Los chicos deben aprender a ser ellos mismos (es decir, a no copiar, lo que equivale a no obedecer), pero en sus primeros intentos chocan con los padres, quienes se ven amenazados por las transgresiones a la ley, que los chicos hacen. Los queremos autónomos, creativos y libres, pero no les dejamos espacios para ello. Rechazamos cualquier error o fracaso. No queremos equivocaciones.

El adolescente, entonces, se encuentra en un callejón sin salida. Aprendió a obedecer, aprendió a ir de la mano de los adultos. Ahora tiene que caminar solo pero no le han enseñado cómo hacerlo.

El sentimiento de laboriosidad de los años escolares despertará en el joven un afán de competencia y una creencia de que es capaz de realizar acciones importantes para el mundo, sin tener en cuenta la remuneración y el estatus social que de ellas se puedan derivar, pero a la vez, algunos adolescentes prefieren no trabajar un cierto tiempo, antes de seguir una carrera o realizar una profesión prometedora pero sin satisfacción personal.

El chico o la chica prefieren atenerse a su propio estándar de valores. Rechaza los de una sociedad que siente hipócrita, materialista y rezagada frente al mundo que ellos (los adolescentes) sienten vivo y alegre.

Aparece en esta edad la sensación de redención por la que muchos adolescentes atraviesan y que también les permite ponerse en contacto con una porción de su yo, que idealiza el amor y la amistad dirigiéndolos ahora hacia la humanidad total.

¿Pero cómo contribuye esto a la identidad?

De una manera se puede decir que la identidad viene a ser fruto de las identificaciones parciales con personas. La vida humana es ciertamente un proceso de absorción de los comportamientos, conductas y normas de personas admiradas, imitadas y tomadas como modelos o patrón de comportamientos.

Aprendemos a ser personas según sea el modelo o patrón que más nos afecta, y definitivamente, para bien o para mal, los padres se convierten en las figuras determinantes.

Para el psicoanálisis, identidad es la "captura inconsciente de una estructura de personalidad", es como si nos adueñáramos de la manera de ser del otro sin darnos cuenta. Algo así ocurre con la persona histérica, quien, sin darse cuenta, adopta personalidades y maneras de ser que no le pertenecen.

Por ello la identidad podría ser considerada como el resultado de la apropiación, asimilación e interiorización de las distintas identificaciones procesadas por el propio individuo, mediante constantes y sucesivas interacciones psicoafectivas emocionales y sociales que hacen que tome conciencia de sí mismo.

En otras palabras, no sólo los padres influyen en la construcción de la identidad. Las personas que rodean al niño, los tíos, los abuelos, los profesores, los hermanos mayores, todos afectan y propician la estructuración de la identidad.

En los diferentes estadios de su desarrollo los niños se han ido identificando con aquellos aspectos parciales de las personas por los que eran más directamente afectados, ya se tratase de la realidad o de la fantasía.

Los personajes de la televisión también influyen, por eso los padres deben tener cuidado del tipo de televisión que ven los niños, porque de manera inconsciente, ellos podrían asumir roles y actitudes que se transmiten. Personalidades violentas y agresivas que no corresponden con padres pacíficos abiertos al diálogo y la concertación, podrían ser fruto de otras influencias a las que los niños se ven sometidos.

Por eso, bien se ha dicho que los padres no son los responsables de todo lo que le pasa a los hijos, pero sí son quienes más pueden hacer por ellos.

Ahora bien, ¿de qué manera los chicos se identifican con los padres?

Sus identificaciones con los padres se centran en aquellos aspectos o cualidades que valoran excesivamente, aspectos que son preferidos por el niño, no en razón de su aceptabilidad social, sino debido a su fantasía infantil. Estas identificaciones permiten al niño formar ciertas pautas de conducta en una sociedad determinada. Pautas que considera como su mismidad, y que le van proporcionando cierta expectativa acerca de lo que será como adulto.

El niño o la niña quiere ser, en el fondo, como aquella persona que ama. Quiere hacer las cosas tal como lo hace su papá, o mamá (en el caso de que estos sean los más amados por el chico). Esto no se puede obviar. Los padres son figuras trascendentales.

Claro que la identidad del adolescente es algo más que la suma de las identidades de la infancia; tales identificaciones tienden a quedar subordinadas a una percepción nueva, única, que es más que una suma de las partes; viene a ser el resultado de la interacción fundida de las identificaciones de la infancia con la propia individualidad, lo que permitirá que el adolescente presente una nueva configuración, afirme su individualidad, integre en su yo todas sus identificaciones y dé un nuevo sentido a su existencia.

Por lo tanto, no es otro igual al papá, ni a la mamá. No es una copia de nadie. Es una realidad única y diferente que ha fundido muy bien todos esos aspectos parciales que el medio le proporcionó. Queriéndolo o no, tanto lo bueno como lo malo van ahí incluidos.

Existe una manera de identificarse: la oposición. Es posible que el chico o la chica adopte lo contrario. Como rechazo a los comportamientos o conductas de sus padres que, en su inconsciente, les resultan dolorosas, molestas o inaceptables.

Erikson dice que la identidad fijada para el final de la adolescencia está por encima de cualquier identificación aislada con individuos del pasado, e incluye todas las identificaciones de importancia, pero también las altera, a fin de constituir con ellas una fatalidad única y razonablemente coherente.

Por eso se dice que así como el "súper yo" es el hijo del complejo de Edipo, el yo es el heredero de la adolescencia.

De esta lucha, de esta turbulencia por la que atraviesa el chico o la chica saldrá airoso un yo estructurado y coherente. De ahí que muchos autores lo comparen con una metamorfosis, en la que de la crisálida sale la mariposa a volar.

Este proceso queda completo cuando el individuo ha subordinado sus identificaciones infantiles a un nuevo género de identificaciones mediante una absorbente sociabilidad y el aprendizaje competitivo entre compañeros de la misma edad y junto con ellos. Estas nuevas identificaciones presionan con urgencia al adolescente a elecciones y decisiones que tienden de modo creciente e inminente a compromisos de por vida. Los cuales le permiten al nuevo adulto

(ya al final de la adolescencia) salir del encierro narcisista y volver su mirada hacia los demás. Ha logrado entonces, menos preocupación por su estado interior y mira a los otros y la realidad como una invitación a continuar autoconstruyéndose pero en la relación e inserción en un medio social que le reclama compromiso y aportes.

RELACIONES ISOFÍLICAS

Recuerdo una vez en que me quedé a dormir en casa de Jaque y que no podía contener la curiosidad de conocer su cuerpo, que siempre me había ocultado, y que nunca había llegado a ver. Le pedí que, en señal de nuestra amistad, nos tocáramos mutuamente los pechos. Jaque se negó. También ocurrió que sentí una terrible necesidad de besarla, y lo hice. Cada vez que veo una figura de una mujer desnuda, como por ejemplo la de Venus en el manual de historia de arte Springer, me quedo extasiada contemplándola. A veces me parece de una belleza tan maravillosa, que tengo que contenerme para que no se me salten las lágrimas. ¡Ojalá tuviera una amiga!

Ana Frank

Una lectura rápida y desapercibida entenderá este relato como franca homosexualidad de nuestra adolescente.

“Unas escenas de lesbianismo”, dirá con horror quien acuda a la actitud homofóbica que tiene nuestra cultura. Por eso es menester explicar a profundidad y con los conocimientos que aporta la psicología de la adolescencia, estos testimonios sinceros y transparentes que Ana Frank legó a la posteridad. Quizá a esto se deba que el diario estuvo mutilado en gran parte cuando apareció, por allá en 1950.

Expliquemos el término homosexualidad. Su sola mención causa admiración, cuando no susto o rechazo a los padres de familia al advertir estas conductas en uno de sus hijos. Pero existe una homosexualidad general y una genital. Esta última se refiere a las relaciones genitales con el mismo sexo. Este tipo de homosexualidad puede ser masculina (hombre con hombre) y femenina (mujer con mujer), la cual se denomina a veces lesbianismo.

La homosexualidad general, en un sentido profundo y amplio, hace referencia a aquellas relaciones que establecemos las personas (en la que no hay coito, es decir genitalidad), pero que nos involucra como personas (seres sexuados) con otros del mismo sexo. Esto ocurre, por lo general, en la niñez, adolescencia y senectud. (Se habrá notado cómo los jubilados prefieren a los amigos del mismo

sexo. Las conquistas quedaron atrás). Los chicos buscan a los chicos. Las chicas con las chicas. Mismo sexo: homosexualidad. En este sentido tan fundamental es como se plantea la iniciación en la vida adulta y su final.

La homosexualidad individual es un proceso de interacción individual con otra persona del mismo sexo: la chica tiene una amiga íntima a quien cuenta sus secretos, el chico tiene un amigo que le comprende. Esta "homosexualidad" defiende al nuevo adolescente de la heterosexualidad parental edípica: se trata del abandono, por parte de la niña, del padre posesivo de la infancia y de la madre perturbadora; mientras que el niño huye de la madre posesiva y del padre amenazador.

Es una búsqueda dentro de sí mismo, de otro yo, por eso no podría calificarse al chico o la chica que se refugia en su amiga o amigo (en caso del varón) de homosexual, además, porque no ha definido ni su personalidad ni su orientación sexual.

Explicemos esto de "orientación". Existen dos formas de orientarse al deseo sexual. Si éste se dirige (o se orienta) hacia personas de diferente sexo, se llamará heterosexual (hetero = distinto); pero si se orienta al mismo sexo, se llamará homosexual (homo = igual).

En la adolescencia tiende a darse una confusión en cuanto a la orientación del deseo sexual. Dado que empieza a surgir la genitalidad, ésta no se asume de forma total. Se va adquiriendo paulatinamente. Existe un temor a enfrentarla abiertamente. Se presentan exploraciones (las cuales se guardan profundamente en secreto) con los amigos (en los varones) y las amigas (las chicas). Ana Frank es valiente al atreverse a contar semejante experiencia. En una época como la suya (1944) habría recibido la peor condenación y rechazo.

Aunque, si bien es cierto que estas conductas no se deben aplaudir, tampoco se debe asumir una actitud condenatoria y anatematizadora. Es la comprensión y la orientación lo que debe acompañar este tipo de conducta, para que al fin el chico o la chica asuma su sexualidad dentro de la educación que le guíe su personalidad.

La interrelación con otro del mismo sexo supone un reforzamiento de la identidad sexual que, sólo si no evoluciona, supone peligro de estancamiento homosexual. Esta interrelación es meramente afectiva y no tiene por qué representar homosexualidad genital. Supone, pues, la superación de los objetos incestuosos del complejo de Edipo y un cierto rechazo – "no me comprenden" – de las figuras parentales.

Si se presentase una homosexualidad genital, en el sentido de que permanece la búsqueda del objeto sexual igual al mismo sexo de la persona, debe tenerse también una actitud de comprensión por cuanto la persona que vivencia este tipo de orientación sexual (muchas veces no conductas) no es responsable de ellas.

La orientación sexual que todos tenemos no la pensamos ni la escogemos.

Nunca decidimos nuestra heterosexualidad, ni los "gay" escogieron su homosexualidad.

Un padre de familia que descubra a su hijo con esta orientación no debe culparse, ni sentirse mal, ya que una persona vale por lo que es y nunca por la manera como orienta su deseo sexual. Debe prevalecer el respeto y la guía hacia la autonomía del chico o la chica que ejerce su genitalidad con responsabilidad.

La homosexualidad colectiva supone un desarrollo del sub-período anterior, dándole un matiz más acusada-mente grupal, en términos de grupos primarios o cama-rillas y de grupos secundarios o bandas. Siguen siendo interacciones unisexuales (chicos con chicos – chicas con chicas). Como medida psicológica de autoprotección en los colegios, se reconocen porque los chicos tratan a las chicas de tontas y las chicas a los chicos de vulgares; se trata de una primera, aunque hostil, aproximación.

Es de esperarse este tipo de grupos y uniones. Los chicos se sienten protegidos. En el grupo pueden, tal vez, cortejar a las chicas, lo cual no harían de encontrarse solos.

La identidad masculina la van construyendo en este grupo que paradójicamente, es de su mismo sexo. Pero en su camarilla es donde aprenden a actuar como varones, a pensar así y a sentir en consecuencia. Igual les sucede a las chicas, las otras féminas le enseñan a la chica cómo se debe vestir, maquillar, y coquetear. Tal vez le enseñarán cómo se "debe tratar a los hombres". En fin, estos grupos ("homosexuales") por ser del mismo sexo, son escuelas de formación en la propia identidad sexual.

La homosexualidad podría situarse más cerca del autoerotismo que del amor objetal.

El homosexual genital o la homosexual, según ha dicho Freud, está como enamorado de sí mismo. En ese sentido podría decirse que es como un autoerotismo. Pero en el adolescente, dado que está en una etapa de exploración y conocimiento de su propio cuerpo, su amigo o su amiga le sirve de espejo en esta exploración. Allí no hay enamora-miento, ni apegos. Muchos chicos que reportan este tipo de conductas, las vivencian con mucha culpa y miedo. Se necesita el conocimiento del experto para que guíe y libere de culpa, y de este modo se genere un crecimiento sano hacia la madurez.

Sullivan⁷ dice que la esencia de la personalidad la constituyen las relaciones interpersonales. En el desarrollo de éstas existe una energía y un dinamismo integrado o de cambio de esa energía en patrones relativamente estables de relaciones sociales y comportamentales, saludables e integradores, o bien patológicos y debilitantes. Según este autor, la energía que se manifiesta en los primeros años del individuo en forma de necesidad de tener compañeros de juego, ahora se manifiesta en la necesidad de intimidad; pero esta búsqueda

suele ser, al comienzo de la adolescencia, de carácter isofílico, es decir, con un miembro del mismo sexo.

El término isofílico, de la raíz griega iso = igual y filio = amor, es más preciso y saca estas relaciones adolescentes de la connotación peyorativa y condenatoria que podría dárseles al ser calificadas homosexuales.

Son isofílicas, tal como el Dr. Sullivan las denomina, porque es siempre un igual a sí mismo, o un par, o, como dicen los mismos chicos, "un pana".

Friedenberg describe estas relaciones de modo parecido a Sullivan. Opina que el AMOR intenso empieza en la pubertad y que este primer amor es solamente hacia alguien distinto de uno mismo (con frecuencia del mismo sexo). No será sino posteriormente, al final de la adolescencia o juventud, cuando entre en juego la cualidad de diferente a uno mismo, tan diferente como es el hombre y la mujer. Frenderberg opina que este amor isofílico es el que prepara el camino para que puedan darse los apegos heterosexuales intensos posteriormente.

En la antigua Grecia, aproximadamente en el siglo

V a. C, se acostumbraba que un adolescente permaneciera una temporada con un varón adulto, con quien tenía relaciones genitales, para recibir de éste la virilidad y la hombría necesarias para conducirse en la sociedad.

En la actualidad es necesario abandonar los temores y las actitudes homofóbicas que vean sólo genitalidad y morbo en todo contacto que un chico o chica tenga con sus pares.

Erikson interpreta estas relaciones isofílicas como una defensa frente a la difusión de la identidad en un momento en que los cambios corporales y el comienzo de los impulsos sexuales ponen en peligro la estabilidad de la propia identidad y de la imagen que se tiene de uno mismo.

Por esa razón no se puede diagnosticar, como dije más atrás, a un chico o una chica como homosexual. Es la identidad que está construyéndose, a costa de las experiencias y contactos sexuales que los chicos tienen con sus iguales.

El psicoanálisis explica este tipo de relaciones como un proceso fruto del abandono de las imágenes parentales, primeros objetos de amor e identificación en la infancia y un desplazamiento de la sexualidad hacia nuevos objetos de amor e identificación. En este tipo de relaciones íntimas se efectuará una identificación del sujeto con un ser semejante a él que tiene los mismos problemas, dudas, ansiedades, amistades, rebeliones, entusiasmos; que le ofrece la oportunidad de encontrarse en él y participar con él en los sentimientos demasiados pesados para soportarse en soledad; de ahí que esta amistad sea de importancia capital y vaya a desempeñar un papel considerable en la evolución y crisis del adolescente.

Son amistades inseparables, relaciones únicas. Compañeras de crecimiento y

testigos de un desarrollo. Amigos con quienes se ríe y se llora. Amigos que conocen los infortunios y las injusticias de los padres. Amigos con quienes se mitiga quizá, la tristeza de la pobreza y la frustración ante una desilusión de amor desvanecida.

Estas amistades suelen ser exclusivas, fervorosas, celosas y se parecen al amor, al que prenden, sobre todo en las chicas. Toman del amor su lenguaje, y como en el amor, se ven invadidas de tempestades, rupturas, perdones y reconciliaciones; la traición de un amigo íntimo puede suponer para un adolescente una experiencia dolorosa que le llega hasta lo más profundo del alma.

El adolescente, sólo sabe amar de una manera: con pasión y con el alma. Luego, dejará estos sentimientos sólo para su pareja heterosexual, con quien seguramente también se involucrará en idilios intensos y profundos, de los cuales podrá salir herido y confundido.

Estas amistades intensas, nobles y bellas ocupan un lugar importante en la historia de muchos individuos en su camino a la adultez.

En esta edad, el amigo íntimo desempeña el valor de sostén del yo; o mejor, es otro yo; un yo idealizado que reenvía al adolescente una imagen aseguradora de sí mismo, de ahí la importancia de tal relación; de ahí también las consecuencias cuando viene a romperse. Nada de extraño que en la base de ciertas fugas se encuentre una amistad rota.

Por esta razón, los padres no deben oponerse; en cambio, deberán dominar los celos que los invaden cuando los chicos o las chicas prefieren a sus amigos, los invitan a comer a sus casas, son invitados por éstos, duermen en la misma habitación, pasan horas y horas conversando donde pareciera que el tiempo no transcurre ni les interesa.

En la base de esta amistad adolescente se encuentra, pues, mucho narcisismo, ya que la relación con el amigo es una relación de espejo.

Todo esto explica que la amistad adolescente sea una amistad egoísta y que parezca marcar un retroceso en el proceso de socialización e integración en el grupo.

Ya la inserción en el grupo es diádica (de a dos). Son dos los que piensan de una misma manera. Por eso, los mismos amigos que conocen esta conexión de una "parejita" de amigos, acuden a la intercesión de uno de ellos cuando requieren un favor del otro. Saben que la palabra o la petición de su amigo o será despachada favorablemente sin ninguna condición.

La amistad en esta edad no suele sobrevivir a la separación por muy dramática que ésta se presente. Basta que un adolescente sea cambiado de colegio para que los lazos de amistad se esfumen. El momento en el que uno de los compañeros se orienta hacia el otro sexo basta también para que la amistad se

disuelva, sobre todo si uno de los amigos es más joven o menos desarrollado.

Aquí se demuestra cómo se trata más bien de una búsqueda narcisista, una necesidad de encontrarse con un yo alterno y crecer con el espejo que ha proporcionado el otro.

Suele decirse también que cuando la amiga o el amigo establece una relación afectiva, existe una atracción hacia su nueva conquista. Es frecuente que los chicos se quejen de ser traicionados por el enamoramiento de su amigo hacia su novia. O que la chica se queje de que su amiga le quitó a su novio. Es que, claro, como crean un espejo mutuo, no discreparán mucho en los gustos.

Ahí suelen disolverse estas amistades "íntimas".

CONTESTACIÓN O REBELDÍA

Es que a mamá no la puedo soportar y me tengo que esforzar muchísimo para no estar siempre soltándole bufidos y calmarme. A veces me gustaría darle una torta, no sé de dónde sale esta enorme antipatía que siento por ella.

Ana Frank

Esta confesión tan sincera que hace una chica de apenas 13 años tal vez no sería tan transparente si no fuera escrita en el diario, es decir, con la íntima convicción de que jamás saldría a la luz. Manifestar abiertamente que se tienen sentimientos hostiles hacia uno de los progenitores no sólo amenaza el precepto bíblico de "honrarás a padre y madre", sino que excluye del contexto cultural que rechaza y proscribe al hijo mal queriente y mal agradecido, y además genera hondos sentimientos de culpa.

No es cotidiano encontrar declaraciones profundas de resentimiento y molestia (que por lo demás son expresiones bellas por cuanto son el lenguaje del corazón y de los sentimientos, son volátiles y una vez que salen, liberan el alma y la sitúan en condiciones de volver a amar). Este tipo de actos sólo es posible encontrarlos en la literatura. Sigmund Freud encontró ejemplos de tales hechos en la tragedia griega escrita por Sófocles, en el conocido texto Edipo Rey. También se conoce la pregunta: "¿Quién no ha deseado la muerte de su padre?" hecha por uno de los protagonistas de la clásica obra Los hermanos Karamazov de Dostoievski. El Psicoanálisis es una de las corrientes del pensamiento que reconoce que en toda persona subyacen elementos de hostilidad hacia los progenitores, a veces más hacia uno de los dos, agudizados por situaciones específicas. Es válida, por tanto, la existencia de dicha antipatía, la cual casi siempre se reprime y se guarda en el inconsciente. Podríamos decir entonces que estos sentimientos son "naturales" y que tienden a acentuarse en la época de la adolescencia cuando se dan choques entre padres e hijos, dado que éstos ya quieren otros niveles de autoridad, ya no la gradación de mando jerárquico, sino la horizontal democrática. Para Ana, que es mujer, su hostilidad va hacia la mamá, pero en el varón ésta tiende hacia el papá. Veamos qué otros

sentimientos expresa nuestra chica.

“Porque no la quiero y sencillamente, no me sale. También puedo imaginarme que algún día mamá se morirá, pero me parece que nunca podría superar que se muriera papá”.

“Espero que mamá nunca lea esto ni lo demás”.

He aquí un directo deseo de muerte de la madre, algo tal vez espantoso y horrible. Si se dejara sólo esta expresión y no se dijera que Ana luego se arrepiente y dice que gracias al papel de su madre no tiene que llevar estos insultos en el corazón, podríamos pensar que nuestra adolescente es una psicópata, pero no; Ana, como todas las personas, y especialmente el hijo con el progenitor de sexo contrario, siente un cierto odio mezclado con igual dosis de amor. Sí. Amor y odio. Juntos y revueltos. Esta es la ambigüedad de los sentimientos o ambivalencia afectiva, de todos los seres humanos pero que en la adolescencia se hace más aguda.

A los adultos nos corresponde comprender y aceptar esta etapa de la vida, y ayudarle al chico que la vive, siente, al menos no generándole más sentimientos de culpa.

Es también frecuente ver a los padres atravesar por los mismos sentimientos que los muchachos les expresan. Se trata de una especie de regresión afectiva hasta sus años más tiernos, etapa durante la cual compiten con sus propios hijos buscando no dejarse ganar de ellos, y vengarse por las salidas hirientes de éstos. El padre o la madre se ha infantilizado; se trata de un hecho normal porque hablamos de un ser humano sujeto a equivocaciones, que puede fallar y aún tiene inmadurez en su interior. Tal vez los padres que manifiestan tal comportamiento guardan vacíos formados por la relación con sus padres. Pero ni el padre ni la madre deben olvidar que son la figura de referencia para sus hijos. Si es necesario, es pertinente acudir al psicólogo.

La contestación del adolescente respecto a sus padres es “natural”; se trata de un esfuerzo por despegarse del mundo parental infantil. Pero si hay una edad en la que el adolescente necesita a sus padres y puede dialogar y ser comprendido por ellos, esa es la adolescencia.

No hay cosa que desee más un chico que crecer, ser adulto e ingresar a ese mundo, por eso la actitud contes-tataria, es pues, la manera como quiere ser adulto y liberarse de alguna manera de esas amarras a que los padres lo tenían acostumbrado: llevarlo siempre de la mano, contar con las respuestas y explicaciones de los adultos, para ingresar poco a poco en las propias respuestas nacidas dentro de sí mismo.

Es otra vez la ambigüedad expresada de otra manera: soltarse y no soltarse, liberarse de los padres ya que de no hacerlo, se quedaría siempre en la edad infantil, aunque en esta etapa necesita mucho que los padres lo acompañen y le enseñen. ¿Sabrían o tendrán los padres la sabiduría necesaria para también

enseñar en esa edad y circunstancias?

Porque aquí la enseñanza debería ser de otra forma, una poco usual y que generalmente ningún padre se preocupa por averiguar. Será una guía que no genere dependencia, un enseñar que no dé respuestas sino que ayude a que el adolescente las construya, una compañía que deje libre al otro; un amor que sea sin apego; un cuidado que dé libertad; una educación moral que parta del ejemplo; unos regaños que no ofendan ni dejen heridas; unas conversaciones en las que no se alce la voz; una libertad que no sea abandono; una actitud que sea transparente y sincera; en fin, una forma de educar que no busque llevar al adolescente a la época en que el propio padre se educó, sino al siglo XXI que es su realidad. Pero lastimosamente encontramos que en esta época, en la que más el chico necesita a sus padres, ellos se alejan. Se contentan con decir: ya no puedo con este muchacho o muchacha, se lo dejo al papá o mamá; pero ellos siguen siendo padres de este chico o chica que se volvió rebelde, difícil, o quizá díscolo.

La madre puede sentir el crecimiento de la hija como “peligroso”, eliminando entonces la posible competitividad con ella, ridiculizándola ante el marido y criticando cualquier deficiencia que presente en el desarrollo puberal.

La madre o el padre son seres humanos. También, por lo mismo, el papá puede sentir al hijo como un competidor, o como alguien que lo reta, pues hace lo que él en su adolescencia ni siquiera se atrevió; puede, incluso, sentir envidia por lo bonita que pudiera ser la novia. Más aún, esta época en la que los muchachos se sienten alentados por el medio para el inicio de su vida sexual, podría ser ocasión para que el adolescente genere choques con alguno o ambos progenitores.

No podemos olvidar los numerosos casos reportados de abuso sexual de chicas por su padrastro; en algunas ocasiones la madre ha sido cómplice de ello, bien porque no le cree a la hija y se lo toma como la oportunidad que tiene la chica de demostrarle que es más bonita, más seductora que ella, hasta tal punto de ganarse la admiración de su marido y poder competir con ella en quedarse con él, o porque piensa que es mera fantasía de la chica que en su inconsciente desea al padre.

Existe una tercera razón para que algunas madres callen los abusos a que son sometidas sus hijas por el padrastro: se trata del temor a perder al marido. Esta última razón quizá obedezca a un concepto deteriorado de mujer, según el cual, se cree que a la hija por tener tal condición, le auguran días de tristeza y dolor propios de la femina, y a quien nada le pasará por iniciar una vida (sexual) que a la postre la acompañará toda la existencia. Naturalmente, que una madre así, lo que esta logrando, de manera inconsciente, es vengarse de la chica y cobrarle por tener un cuerpo bello y joven.

En otras ocasiones puede presentarse excesivamente exigente con la hija,

como si cualquier deficiencia con-lleva una herida importante a su narcisismo.

De todas maneras, la relación madre e hija se va a presentar tensa en esta época. Y es importante resaltar que ello no viene dado sólo por el hecho de que la chica, o en su caso el chico, se vuelve contestatario, sino porque los padres también juegan y lo hacen desde su propia humanidad. Es curioso, pero este juego de retos, ame-nazas y odios, también se desplaza hacia los profesores o quienes cumplan un rol de autoridad con los adoles-centes. Estos se vuelven insidiosos, burlones, despec-tivos e irónicos. Tienden trampas a los adultos, que se vuelven difíciles de superar, y si el maestro o el padre no está bien preparado para este tipo de retos, la mayoría de las veces se trenzan con ellos en discusiones infantiles en las que prima el falso orgullo para no resultar perdedor.

Es importante decir que educar adolescentes resulta difícil en este aspecto dado que, no es la permisión la característica de la actitud idónea, sino la firmeza. En los padres no debe existir ni el revanchismo ni el deseo de demostrarles a los hijos que tendrían mucho que aprender de los adultos, tampoco es pertinente hacerles sentir que no saben dónde están parados. Los chicos son muy susceptibles a percibir en la mirada y actitudes de sus mayores a quiénes realmente los aman e imparten las sanciones y las enseñanzas en procura sólo de su bien y no sólo con la intención de probarles quién es el que manda y quién es el que pierde.

Sin embargo, la actitud contestataria plantea de manera conflictiva el proceso de identificación por el que el chico o la chica atraviesa. En otras palabras, es una manera rebelde de identificarse. En el caso de la hija, la madre debe saberlo por ser tan importante para ella.

Como principal modelo de la feminidad de la joven, la madre debe aceptar y validar los cambios de su hija como positivos; en caso contrario, podría surgir en ella un desprecio y temor a ser mujer.

Dicho temor podría ser el resultado también del sentimiento de culpabilidad que le crearía a la niña el presentarse con un cuerpo de mujer ante un padre que mantuviera una actitud seductora para con ella. Asi-mismo, la ridiculización y rechazo por parte del padre del cambio de la hija pueden desembocar en su desprecio por el propio cuerpo y condicionar de forma negativa las relaciones con el otro sexo.

Todo lo anterior, porque en ese proceso de pasar de niña a mujer el modelo de la madre es el determinante. El triángulo edipiano: Padre–Madre–Hija es fundante y estructurador. De ahí que sean muy importantes los mensajes tranquilizadores que los padres envíen de forma directa al adolescente que todavía teme presen-tarse con un cuerpo que le resulta extraño.

Las relaciones con el otro sexo también están deter-minadas por la actitud del padre, pues éste es el modelo de cómo serán los hombres (para las chicas), mientras que la mamá es el modelo (para los chicos) de cómo serán las mujeres

y el punto de referencia para saber cómo comportarse con ellas. Una madre demasiado sobreprotectora con el adolescente varón tiende a generar en él una actitud machista, dominante y despectiva con las mujeres. Un padre punitivo y ausente generará en la chica tal vacío que puede ocasionar en la adolescente la tendencia a buscar figuras mayores casi como el afecto de un padre que en su relación filial le fue tan esquivo.

Lo que sí hay que anotar es que estas relaciones con los padres se constituyen en los modelos de comportamiento en cuanto al rol sexual posterior.

Sin embargo, el adolescente, en la búsqueda de la identidad se volverá contra el padre, aquel con quien previamente se ha identificado en la resolución del complejo de Edipo. El adolescente masculino se moverá entre realizar la gesta prometeica de robar el fuego sagrado y el intenso miedo a la castración, al reproche, a la descalificación y al fracaso.

El chico hace un esfuerzo enorme por apoderarse de la capacidad para asumirse como varón con todas sus implicaciones, especialmente viviendo bajo el mismo techo de otro varón que es su padre: pensar diferente, tener opinión política, tener llave de la casa, decidir si practica la religión o no, etc.

Queda una estrategia para algunos padres: la coacción mediante el dinero y la manutención. No queda salida para el chico principiante de adulto: se somete o debe abandonar la casa paterna y asumir sin muchas condiciones su propia existencia sin posibilidades cercanas de continuar su preparación académica.

Sería difícil encontrar padres que en este siglo XXI, pudieran permitirle al adolescente el inicio en la vida adulta sin el chantaje del afecto y la comida: una relación en la que pudiera discutir, discrepar, opinar diferente, decidir si usa arete o piercing, si se deja pelo largo o no, si asume su heterosexualidad u homosexualidad (en caso de darse) y todo ello manteniendo el cariño y afecto cercanos. En otras palabras, dejar que un adulto conviva con sus padres, quienes ya están tratando de construir otra relación, una en la que sean casi iguales, y en las que la autoridad cambie por unos pactos de convivencia y respeto que lleven, incluso, al chico o la chica a asumirse como adultos en una línea de compromiso y responsabilidad.

MASTURBACIÓN

A veces, por las noches, siento una terrible necesidad de tocarme los senos y de oír el latido tranquilo y seguro de mi corazón.

Ana Frank

Esta declaración así tan libre, tan sincera, tan natural no es común escucharla, ni lo será por mucho tiempo. Es menester ingresar a la privacidad de las chicas a través del diario, que quizá, Ana nunca se imaginó leerían, ni menos que un psicólogo lo analizaría.

Pero gracias a esta chica tan brillante, podemos reivindicar el derecho al ejercicio de la sexualidad naciente, no sólo de los chicos sino de la mujer, a quien por falsos puritanismos les hemos negado el hecho de la masturbación como una vía natural, lógica y comprensible en un proceso de desarrollo.

Ana lo expresa con el término "terrible necesidad", claro, porque es una fuerza que supera los diques que establecen los preceptos morales o los lineamientos que traza la cultura sobre lo que debe ser una niña obediente o "aconductada". Es el cuerpo que reclama y pide que se le preste atención. La libido o energía sexual que le está diciendo al adolescente que ha comenzado otra etapa de su vida y que le debe prestar atención. Lo que sí es claro, es que esta energía no llama sólo al coito ni al libertinaje sexual como algunos psicólogos mal enfocados pensaron en una época. Es una energía que permitirá el establecimiento de la vida y todo lo que ello significa: la creatividad, la inteligencia, el deporte, las metas altas, en fin, el desarrollo del potencial humano.

La energía sexual es la que ha permitido los grandes logros de la humanidad. Una energía sublimada, pero que en últimas es la que da el ímpetu y el arrojo para asumir los riesgos y retos que la vida plantea.

La principal función de la masturbación es la de ayudar al conocimiento e integración del cuerpo genital, así como la de regular el incremento de la tensión sexual, resultado del desarrollo puberal. Puesto que dicha excitación no puede resolverse todavía en la relación de pareja, el joven púber recurre a la

masturbación.

A través de la masturbación la chica o el joven se conoce a sí mismo: se explora, conoce sus límites y alcances. Encuentra algo que no sabía que existía: el placer corporal a través de su propio cuerpo.

Un significado profundo de la masturbación lo encontramos en el hecho de ser un medio para que los jóvenes se pregunten ¿quién soy yo? Si a un joven le ha faltado la suficiente compañía de sus padres, y por lo tanto el afecto necesario para su estructuración psíquica, es posible que a través de la masturbación busque conectarse con un cuerpo que le es extraño, dado que no fue investido por los suficientes besos y caricias de esas figuras tan importantes en su personalidad como son los padres.

El chico o la chica se masturba, queriendo sentirse a sí mismos: que viven, que son, que se encuentran en esta realidad a través de una existencia corporal.

He ahí cómo la masturbación no se convierte en una actividad meramente genital, sino en un mecanismo profundo y trascendente de cuestionamiento existencial.

El contenido de los fantasmas o fantasías que acompañan la masturbación y que en realidad producen y alimentan la excitación necesaria para que ésta se lleve a cabo, evoluciona a lo largo del desarrollo psicosexual.

Por lo general, los varones son más susceptibles a las imágenes gráficas: las revistas pornográficas, las fotos de las chicas, o revistas de periódicos. Las chicas, en cambio, son susceptibles al contacto, los perfumes, las palabras. Pero unos y otros mantienen unas imágenes más allá de lo material, que preferimos llamarles fantasmas porque no proceden de la realidad concreta, sino de las elaboraciones propias de los deseos y las ensoñaciones. Son algo así como prototipos de hombre y mujer, que el psicoanálisis explica como sucedáneos de los padres.

Si bien en un principio es el propio cuerpo el objeto de deseo y de reconocimiento, más tarde son fantasías de contenido heterosexual. En estos últimos casos, se fantasea la relación con un objeto con el que todavía no es posible el coito real, por lo tanto, prepara al adolescente para asumir un determinado rol sexual en las futuras relaciones de pareja.

De ahí que esta primera actividad sexual tenga tanto valor e importancia: permite crecer y adaptarse al entorno que el adolescente en un principio vivencia tan amenazador. El construir el rol sexual, es estructurar ese papel de ser hombre o mujer en esta dicotomía cultural en la que ambos papeles están tan diferenciados y especificados.

De hecho, en el momento en que es posible la descarga de la excitación sexual a través de las relaciones sexuales reales, la masturbación va desapareciendo por sí sola. De no ser así, el individuo queda fijado en un estado

auto-erótico narcisista; un estado de ensimismamiento, una relación consigo mismo, sin salida al exterior.

En algunos casos la masturbación podría convertirse en un refugio que el adolescente tiene para no enfrentar sus sentimientos ante tentativas frustradas de inicio de una relación afectiva. Entonces, la masturbación per se no es negativa, sino la inhabilidad en las relaciones sociales. Tal vez la timidez, su apariencia física afeada por el acné o la pobreza económica que le impide vestirse tal como los modelos presentan al adolescente triunfante, hacen que el chico o la chica no se arriesgue a luchar por conseguir una relación afectiva que le permita salir de la soledad y crecer en el componente emocional. La masturbación, entonces, podría ser un desahogo de frustraciones, de anhelos, y una compañera en los momentos de soledad.

Las consecuencias de dichas prácticas en el plano fisio-lógico son nulas, mientras que a nivel psíquico pueden llegar a crear un profundo malestar. Son frecuentes los sentimientos de vergüenza, inferioridad y culpa que invaden al adolescente después del estado de excitación creado por la masturbación. Pero lo que realmente angustia al joven es el experimentar una sensación de pérdida de control del propio cuerpo, de invasión del mundo pulsional, y, por lo tanto, de fracaso en sus intentos de represión.

La libido supera los esfuerzos del chico o la chica, quien se ve presionado por los medios: televisión, radio, etc, los cuales presentan la sexualidad y genitalidad a flor de piel, con escenas eróticas abiertas.

Ahora bien, ni la angustia ni el sentimiento de culpa eliminan la masturbación sino que, por el contrario, la intensifican, estableciéndose así un círculo vicioso que otorga a la masturbación un carácter compulsivo. Es tarea de padres, educadores y psicólogos, desculpa-bilizar dichos hábitos, considerarlos evolutivamente normales y restarle angustia al adolescente, abandonando por supuesto, los juicios condenatorios todavía presentes en los adultos.

EL DESPERTAR DEL AMOR

El amor. ¿Qué es el amor? Creo que el amor es algo que en realidad no puede expresarse con palabras. El amor es comprender a una persona, quererla, compartir con ella la dicha y la desdicha. Y con el tiempo también forma parte de él el amor físico, cuando se ha compartido, se ha dado y recibido, y no importa si se está casado o no, todo eso no tiene importancia; lo que importa es tener a alguien a tu lado por el resto de tu vida, alguien que te comprende y que no tienes que compartir con nadie.

Ana Frank

No obstante, aquí también se debe incluir la afirmación de que la masturbación no es necesaria, porque existe la posibilidad del autocontrol o de la sublimación de la energía a través del deporte, el arte o cualquier actividad que le permita al joven salir de su encierro narcisista.

Las afirmaciones de algunos psicólogos, que lanzan a los chicos a las actividades genitales, podrían confundirlos, aún más si éstas no se acompañan de la autoconciencia de cada chico en sus decisiones psicoafectivas.

Según el psicoanálisis, la masturbación adolescente no es sino una prolongación de la masturbación infantil expresada de modo diferente.

En la infancia, se daba a través de los prolongados contactos que chicos y chicas podían establecer con algunos objetos o quizá con sus propias manos. Pero lo que sí es claro es que ya habían aprendido que en su propio cuerpo existía la posibilidad de proporcionarse placer y de esta manera independizarse del placer obtenido a través de las figuras parentales tan importantes.

La característica, con todo, de la masturbación adolescente es que, aunque su ejecución es autoerótica, ya se muestra abierta a la heterosexualidad por los fantasmas que la acompañan. La función de los fantasmas es servir de expresión a los deseos íntimos del sujeto y convencerlo de la ausencia de verdadera satisfacción sexual y con ello contribuir a que abandone su práctica. Pero también puede llevarle, por el contrario, a redoblar su ejecución, en la búsqueda incesante de una satisfacción que nunca alcanza plenamente.

Por esa razón, el diálogo y la cercanía comprensiva con el chico, o la asesoría por parte del psicólogo, permitirá que la justa medida para la masturbación permita ser un elemento de autoconstrucción y no una práctica compulsiva que le genere aún más angustia y ansiedad.

En el caso del adolescente, puede encontrarse también un tercer rasgo: la satisfacción que le ofrece la masturbación, aunque incompleta, es para el sujeto más fácil y accesible que la relación heterosexual. Por lo que el miedo a las dificultades que entraña, sobre todo al comienzo, puede llevar al adolescente a instalarse en ella, desconectándose definitivamente de la realidad e incluso llegando a un empobrecimiento de los fantasmas, lo que puede llevarle a una situación regresiva.

Entonces el joven regresa a los estados infantiles en los que la relación con la madre era más cálida y protectora. Renuncia a crecer a enfrentar la vida, a mirar una chica o un chico y asumirse como portador de un deseo; teme de nuevo lo que la vida proporciona: el juego entre la frustración, o la alegría de la conquista amorosa lograda.

En estas circunstancias, como decíamos atrás, la masturbación será nociva porque impide al chico enfrentar la vida tal como es.

Un cuarto rasgo, por fin, que caracteriza la masturbación adolescente y que nos da la clave de su última y más profunda significación, es que estos fantasmas están relacionados con la situación edípica.

El psicoanálisis demuestra cómo con el despertar de las glándulas sexuales se reactiva en los sujetos su primitiva orientación hacia los antiguos objetos de amor: los padres. Pero estos deseos se encuentran con la barrera de prohibición del incesto, la tensión encuentra entonces su cauce en la masturbación: el adolescente vive a nivel inconsciente esta relación heterosexual con sus padres, representados a nivel simbólico por los fantasmas de los amigos u otras personas. Pero esta relación, aunque, a nivel imaginario, conserva su carácter incestuoso. De ahí que cuando los fantasmas que le acompañan son genitales, reactiva los antiguos miedos a la castración.

Esto es lo profundo de la masturbación, por eso no se puede caracterizar como un vicio solitario y desconectado de la sexualidad.

La masturbación es un ínterin entre el niño y el adulto que quiere autoconstruirse y liberarse de la dependencia infantil, pero antes busca refugiarse en esta actividad, a través de la cual establece a nivel imaginario una última ligazón placentera.

Contra el ataque de esta genitalidad y su correspondiente reactivación del complejo de Edipo, generándose culpabilidad, el adolescente puede adoptar una serie de actitudes defensivas, según Ana Freud: el ausentismo o el rechazo radical por el adolescente del ejercicio de su genitalidad, que lo lleva incluso en ocasiones a renunciar a toda forma de virilidad o feminidad.

Dado que para el joven, la relación con los padres es determinante y funda su personalidad, reaparece el miedo de esa relación triangular en la que había senti-mientos tan ambiguos: amor y odio que se revierten hacía sí mismo. Aparece el deseo hacia la madre, pero ahora con la genitalidad: el sólo pensamiento de ofrecer el pene o la vagina a alguno de sus progenitores causa angustia, culpa y remordimiento. Afortunadamente, aparecen los mecanismos de defensa (que veremos más adelante).

Otro mecanismo de defensa ante la genitalidad es la intelectualización, que consiste en transformar cuanto se experimenta, a nivel de sentimiento, en ideas abstractas. Es un medio de mantener distancias con el instinto sexual desplazándolo al pensamiento abstracto y controlándole así. Como se dirá en otro apartado, es la tendencia a sublimar el deseo sexual en todo lo que sea intelectual. Es la búsqueda del conocimiento como una forma de escapar de la libido que se asoma por todos los poros.

IDEALIZACIÓN Y ROMANTICISMO

El amor. ¿Qué es el amor? Creo que el amor es algo que en realidad no puede expresarse con palabras. El amor es comprender a una persona, quererla, compartir con ella la dicha y la desdicha. Y con el tiempo también forma parte de él el amor físico, cuando se ha compartido, se ha dado y recibido, y no importa si se está casado o no, todo eso no tiene importancia; lo que importa es tener a alguien a tu lado por el resto de tu vida, alguien que te comprende y que no tienes que compartir con nadie.

Ana Frank

Es típico en la adolescencia la apertura máxima al amor romántico, con todo lo trascendental y a veces trágico. Trágico en sentido literario. Un amor que se vuelve drama, dolor, angustia.

De ahí la pregunta de tantos adolescentes varones y mujeres. ¿Por qué será que el amor causa sufrimiento? La misma literatura da cuenta de amores así; sólo cabe recordar al joven Werther, Romeo, y otros tantos sólo reflejan la realidad interior de chicos y chicas apenas se aventuran en el mar que significa el enamoramiento. Aquí vale la pena aclarar que es más bien esto último, y no amor en realidad. En inglés se usa el término *lime-rancia*, como enamoramiento, diferente de amor. El adolescente se enamora o se encapricha, lo que no es otra cosa que la idealización e ilusión de una persona con gran intensidad y pasión. No se necesita que el otro haga mucho y he ahí el problema: una gran pasión y hasta obsesión, tanto que no es necesario ni siquiera el vínculo legal para experimentar este amor.

Es la tendencia del adolescente por ver la vida con otros ojos, con los de los sentimientos y las ilusiones, y si a ello le sumamos las carencias afectivas que particularmente, se hayan vivido en la infancia (falta del padre, la madre, o ambos) pues, habrá una necesidad de aferrarse a otro, lo cual puede calmar vacíos y frustraciones. Esta es la época de las ensoñaciones, de los despechos y decepciones amorosas, las lágrimas, los discos románticos, la lectura del horóscopo para mirar compatibilidades, de los amigos o amigas "cómplices".

Para chicos y chicas el amor es “una apertura máxima a la comunicación”, y “lo que te hace más feliz”. Esta necesidad de comunicación tiene un significado psico-lógico relacionado con el descubrimiento de la relación profunda en pareja y la entrega al otro en dicha relación propia de esta edad. Comunicación que produce en el sujeto un sentimiento de plenitud y felicidad. La necesidad de comunicación tiene también implicaciones socioculturales en un mundo donde la incomunicación ha sido uno de los problemas más acuciantes; los jóvenes creen que la comunicación se puede lograr mediante el amor. Algunos adolescentes creen que el amor es el mejor remedio contra la soledad. El problema es más relevante en los muchachos que en las chicas.

Cuando el joven descubre que el amor existe, diferente a la relación parental, es como haber descubierto un manantial, que se quiere beber en plenitud y de manera constante. Hay una gran transparencia y sinceridad en la forma como chicos y chicas asumen esta dimensión de sus vidas: les parece extraño que los adultos no entiendan o no lo asuman así, con toda la trascendencia que reclama esta dimensión humana en lo que se refiere al amor y la comunicación en pareja.

La soledad por la que atraviesa el muchacho, entonces, se ve beneficiada, porque se convierte en la razón para vivir el amor; ya no es uno solo; son dos corazones que comparten y que quisieran conquistar el mundo, tal como lo imaginan los cuentos de hadas.

No es disparatado decir entonces que la chica en esta edad sueña con el Príncipe Azul y el chico con actos heroicos y valientes que al final le hagan merecedor de la mano de la Princesa, de la admiración de grandes grupos de “fans”.

Para los varones, la soledad se hace más profunda y por tanto se sienten más necesitados de amor, y ello tiene raíces en los modelos socioculturales que hacen gala del machismo, dado que al hombre se le permite expresar menos la debilidad, la soledad, la ternura o el dolor.

A la chica se le permiten los llantos, los diarios íntimos, las ensoñaciones, pero para el varón todo es diferente.

Muchos varones, a pesar de vivir aun en esta edad en familia, suelen presentar dificultades en la relación en el hogar y su afán de ser incomprendidos por los padres, mucho más que las chicas. Por lo que aspiran a encontrar ese amor como remedio contra el aislamiento.

La relación familiar es trascendental para los chicos. Si le preguntaran a un adulto, padre de un adolescente, cuánto valora su hijo el hogar, quizá respondería que nada. Que el muchacho actúa como si su casa no le importara, y que a sus padres los ha cambiado por sus amigos, los bailes, la novia y la música; mostrando un dejo de dolor, rabia o molestia.

He ahí la clave del conflicto familiar en esta edad: por un lado, celos de los

padres al considerar que ellos ya no ocupan un lugar fundamental en la vida del chico; por otro, la actitud indiferente del muchacho, a quien parece que nada le importa. Sin embargo, lo que subyace a esta actitud es una apreciación de su casa, de su familia y de sus padres como parte central de la propia vida, y cuyo alejamiento puede desencadenar conflictos graves como la drogadicción.

En la actualidad, ha aumentado el consumo de la "droga". En los años 60 ó 70, la marihuana o Cannabis Sativa era el alucinógeno privilegiado para escapar de la fría realidad parental. Hoy no se necesitan ambientes hostiles, una fiesta de "trance", puede ser el pretexto para consumir todo tipo de drogas psicodélicas. Ningún adolescente ha sido ajeno a tales alucinógenos ya sea porque los haya consumido o porque su amigo lo haya hecho, o porque se los hayan ofrecido.

Valdría la pena que los padres de adolescentes no acentuaran esta brecha o distancia, ya de suyo construida por el proceso generacional, y crearan hogares con más aceptación, calor y empatía. Que el adolescente siga creyendo que lo aman y no que sólo lo condenan, persiguen o critican.

Recordé con gran seguridad lo que había soñado. Estaba sentada en una silla, y frente a mí estaba sentado Peter.... Schiff. Estábamos hojeando un libro ilustrado por Mary Bos. Mi sueño era tan nítido que aún recuerdo en parte las ilustraciones pero aquello no era todo, el sueño seguía. De repente, los ojos de Peter se cruzaron en los míos, y durante algún tiempo me detuve a mirar esos ojos de color pardo aterciopelado. Entonces, Peter me dijo susurrando:

«De haberlo sabido, habría ido a tu encuentro mucho antes». Me volví bruscamente, porque sentía una emoción demasiado grande. Después sentí una mejilla suave y deliciosa rozando la mía, y todo estuvo tan bien, tan bien...

Ana Frank

La época en que se está dando el sueño de la joven es 1944, o quizá un poco antes. Ella tiene que contentarse con soñar lo que las chicas de este siglo XXI, a su edad, ya hacen: tener relaciones psicoafectivas, sin el consentimiento de sus padres.

Lo que sí sigue vigente tanto para Ana, como para los chicos de hoy, es que el despertar del amor señala un paso importante y trascendental. Los adultos, quienes observamos con cierta distancia los sufrimientos por amor de los adolescentes tendemos a pensar o decir: "Esas son bobadas", y olvidamos los momentos que vivimos en aquellas épocas de fantasía y ensoñación, de las que quizá guardamos cartas de amor que nunca entregamos, o en las que sufrimos decepciones de amor ya sea por traición o por el desprecio sufrido. El amor y el enamoramiento forman parte determinante en la construcción que el adolescente vive en su camino hacia la adultez. Si queremos construir con ellos puentes de comunicación, debemos validar con nuestras palabras los sufrimientos que ellos sienten, y ofrecerles apoyo en los momentos de amargura

y soledad por los que suelen atravesar. Es común ver a los chicos, quizá más delgados, con anorexia, o problemas escolares, en los que un "drama" afectivo es el causante. No podríamos escandalizarnos si un suicidio o intento sea producto del mismo hecho.

El conocimiento y descubrimiento de la heterosexualidad no se inicia con aproximaciones reales entre los sexos, sino que en un primer momento prevalecen la idealización y el romanticismo, dos formas diversas de conducta heterosexual.

La idealización, que es un estado esperable en la adolescencia, también se da en algunos adultos que han aplazado la decisión de iniciar una vida de pareja. Idealizar viene de idea, de imagen que se construye en la mente. La realidad es fría, distante e imperfecta. El adolescente necesita construir imágenes en las que el amor sea perfecto y él otro no tenga defectos, al tiempo que lo tenga todo: belleza, dinero e inteligencia (y la permisión paterna). Por eso el inicio en la vida afectiva se da en la idealización.

Afortunadamente, el adolescente trasciende esta etapa e ingresa a la vida en la que se aprende a aceptar: belleza incompleta, falta de dinero y fidelidad imperfecta.

El romanticismo es el complemento de la idealización; el romántico se enamora del amor, ve el mundo color de rosa, esperanza y optimismo; vive siempre en primavera, por eso piensa a su amada o amado sólo en los momentos gratos: cuando sonríe, cuando está bien vestida o vestido, o en lugares preciosos. El romántico no se imagina a su amado imperfecto: de mal genio o triste, mal vestido, sin bañarse, con mal aliento y en la casa desarreglada. Es que el romántico sólo mira para adentro porque la realidad riñe con lo deseado y esperado. Para el romántico el conflicto no cabe en el amor, por eso sufre tanto y camina hacia la depresión. Es esta la característica principal de la adolescencia: el dolor de "bajarse de la nube". No hagamos los adultos más dolorosa esta caída a los muchachos. Ellos enfrentarán la realidad solos, conforme transcurre su vida.

En la idealización, el deseo de establecer contactos de naturaleza heterosexual existe, pero antes de llevarlos a la práctica en el grupo de amigos, dichos encuentros se producen en la fantasía. En ella se refugia el adolescente ante el temor y la angustia que supone la posibilidad de mantener experiencias reales. El fantasear las relaciones sexuales supone también para el adolescente un entrenamiento del rol que deberá posteriormente asumir en la realidad. Los sueños y las ensoñaciones adquieren un papel importante: los muchachos imaginan que son héroes poderosos, salvadores, mientras que las chicas sueñan ser seducidas por un príncipe azul, se creen el centro de atención de los muchachos, desean ser admiradas y amadas.

Por eso los muchachos pasan horas y horas a solas, por eso algunas veces los

vemos distanciados, con el cuerpo presente pero con sus mentes a kilómetros y kilómetros de distancia, y si la relación con los padres es conflictiva ello hará que se refugien con más ganas en ese mundo color rosa en donde se reivindicán de esta realidad que lo único que les ha dado es frustraciones y dolores.

La persona hacia quien se orienta el deseo sexual suele ser idealizada, es decir, tanto los muchachos como las chicas no se fijan en personas de su misma edad, sino que su primer deseo lo dirigen hacia una persona por lo común mayor e idealizada (persona de la farándula, profesores, amigos de los hermanos mayores). Son amores platónicos cuyas fotografías cuelgan de las paredes y armarios, y que están presentes en las conversaciones entre amigos del mismo sexo.

Muy pocas veces esta orientación se concreta en una relación afectiva, en el sentido de que una chica se involucre en un noviazgo. Cuando ocurre esto ocasiona un impacto en los padres, quienes a primera vista rechazan la relación. Es necesario revisar en estas circunstancias si ello está también reforzado por la carencia de la figura paterna, ya sea física o mental. Es posible que el padre, aunque exista físicamente, no haya participado, desempeñando su papel de figura que representa la ley y separa a la niña de su madre. Si esto sucede o hay ausencia física, es muy posible que las chicas busquen más a un padre que a un enamorado en el pleno sentido de la palabra.

Suele suceder también que se presenten dos circunstancias: el hombre es mayor y es reprobado socialmente. Expliquemos: una chica de 14 ó 15 años se ennovia con un hombre de 35 años, quien consume alguna sustancia psicoactiva y por lo general, no trabaja. Naturalmente que ello despierta la desaprobación paterna. Muy posiblemente la chica está satisfaciendo una necesidad psicológica de "vengarse" de su padre, dándole donde más le podría doler. Y mientras más se oponga el padre, más se enamora la chica. Esta situación, más común de lo que se cree, requiere una actitud fría y mesurada. Si la respuesta de los padres es visceral y emotiva, puede agravar más la situación: la huida de la chica, suicidio o intento de ello, embarazo, etc. Un sinnúmero de situaciones que agravan el hecho. Si el padre o la madre usan su cerebro, todo en pos del beneficio de la familia y aceptan la situación, lo que hacen es acercar al indeseado novio para que la chica viva su capricho con el permiso paterno. Seguramente, que el amor pronto se le desaparecerá.

La intensificación del deseo que supone las fantasías de relaciones con las personas inalcanzables, se resuelve generalmente en la masturbación.

Esta práctica sexual que se presenta de manera intensa en la adolescencia permite entonces al joven o a la joven el desahogo de la tensión o excitación proveniente de su impetuoso desarrollo.

Sucede en algunos casos que los chicos establezcan idilios platónicos con

personajes que suscitan algún rechazo social. Muy posiblemente el personaje afecto del chico, sea reconocido por sus abusos de alcohol, drogas, libertinaje sexual, rituales satánicos y/o conducta homo-sexual; en tal caso los padres se escandalizan al ver llenar las paredes de la habitación de su hijo, o sus cuadernos, con la imagen de su ídolo.

Es recomendable que los padres de los chicos respeten hasta lo máximo estos gustos de los adolescentes. Natural-mente que sería mejor que en lugar del cantante exótico, tuvieran la imagen de Marie Curie, o Gabriel García Márquez, pero como es la predilección del adolescente y se trata de no ahondar la brecha que separa a los adultos (así sean los padres) de los jóvenes, el padre debe consentir, aceptar y permitir. Debe evitar las críticas mordaces y la ridiculización del personaje. Esto no excluye el que se le pueda decir, de manera tranquila, mesurada y cariñosa, la impresión que suscita el ídolo, y particularmente, el rechazo personal que el padre siente hacia éste.

Es saludable reconocer y respetar los gustos personales aunque no se compartan.

El adolescente, en el fondo, se sentirá comprendido, valorado, y aceptado. Experimentará a su hogar y a su familia como facilitadores de su crecimiento y no como policía que le censura todo aquello que desde la silla del poder dictatorial se prohíbe y se permite. Recuerde el padre que el diálogo siempre permanece vigente como la estrategia de entendimiento en una sociedad civilizada.

En este momento en el que la idealización y el romanti-cismo son muy intensos, sería contraproducente man-tener relaciones sexuales porque serían vividas como una experiencia frustrante y sucia al no estar integrada todavía en la personalidad adolescente la ternura y la genitalidad.

Por esta razón, algunos adolescentes piensan en la esco-gencia de personas con algunas características para realizar el coito, por ejemplo, liviandad y facilidad, lo cual en algunos casos sólo lo permite la prostituta o la chica con reconocida propensión a las relaciones fáciles. Esto se presenta generalmente en los muchachos, quienes creen que su "noviecita", no se prestará para lo sucio del sexo, y sólo es receptora de lo tierno y lo romántico.

No podemos desconocer que la apertura sexual que se está presentando está abriendo espacios en donde los chicos se "inician" sexualmente con sus "novias" y este fenómeno de disociación tiende a desaparecer.

Hay un hecho que se presenta con relativa frecuencia y es importante mencionarlo: es el caso en que, desde la instancia paterna, se ha anatematizado con severidad al enamorado de la chica. Ésta accede al coito con él, pero no en la búsqueda de la liberación de la tensión sexual, ni con la intención erótica afectiva, sino como una especie de emancipación de la coerción paterna vivida y sentida con rabia y resentimiento. Algunas chicas han expresado que en el coito

sentían rabia y dolor, con una especie de satisfacción vengativa, al saber que sus cuerpos sólo son posesiones suyas y que aquellos padres prohibidores y punitivos eran silenciados y castigados. Naturalmente que este mecanismo enfermizo, que perjudica a las chicas por cuanto las involucra en la genitalidad por la puerta del mero placer biológico, en el que su cuerpo sirve de satisfacción al otro, sólo equipa-rable a la prostitución, manifiesta el conflicto y ruptura de un diálogo cercano y creador. La represión por sí sola no consigue lo que en últimas busca.

El primer acercamiento o exploración real del otro sexo se realiza generalmente a través del grupo mixto. Muchachas y muchachos van a fiestas en grupos; claro que las relaciones que se establecen entre ellos son superficiales e inestables.

Son frecuentes los cambios de pareja sin que existan razones reales para rompimiento. Es el período del flirteo o coqueteos. Los muchachos quieren impresionar a las chicas, éstas igualmente provocan con sus pantalones ceñidos y con sus blusas cortas.

Las salidas a fiestas en grupos se vuelven entonces algo constante y frecuente. Los padres tienden a sentir algo así como celos de que los chicos estén más preocupados por sus amigos que por el grupo familiar. Algunas chicas manifiestan preocupación por la ausencia de compañía y necesidad de integrarse a algún tipo de grupo. Priman en este tipo de relaciones afectivas, lo físico y lo material: los chicos buscan caras bonitas y cuerpos esbeltos, y las chicas a hombres apuestos que tengan carro o estén bien vestidos. Hay gala de lo material.

La coquetería adquiere en este momento un papel fundamental. Antes de salir se maquillan, se cambian vestidos, se peinan de diversas maneras hasta que se sienten seductoras y atractivas, lo que equivale a sentirse seguras de su aspecto exterior, solamente así aceptarán salir con alguien, lo cual responde a una satisfacción del narcisismo exhibicionista.

Pero es posible que en su interior duden de su belleza física. Todo se constituye en la búsqueda del mejor look o apariencia. Les encanta, entonces, sentirse deseadas y admiradas, ser centro de las miradas: para ello se cambian constantemente de color de cabello y estilo de peinado. Existe una gran competencia entre las chicas por ser la que mejor viste o quien mejor cuerpo tiene o la que más miradas atrae. Cuando una chica se viste le preocupa más qué piensan las "rivalas" que incluso sus admiradores, pues ellas serán más críticas.

Cuando una chica desea que un muchacho vaya por ella al colegio no es tanto por buscar transporte ni por su enamoramiento, sino por mostrarle a sus compañeras que sí tiene quien la pretenda.

Es que la cohorte de amigas o incluso las que no pertenecen al grupo, estarán

pendientes de cómo es el novio, si será feo o atractivo, si tiene carro o no y si está mal o bien vestido.

El darse a ver a los demás y el ser envidiada será algo importante para satisfacer un yo incipiente que se consolida a partir del narcisismo.

Generalmente los contactos entre los dos sexos se reducen a paseos, caricias, miradas, besos. Debido a que el sentimentalismo está totalmente ausente en este tipo de relación puramente exploratoria, la disociación entre afecto y sexo es ahora máxima.

También prima la curiosidad. Una chica decía que estaba a punto de tener coito con su novio, pero le preocupaba defraudar a su madre; sin embargo, la curiosidad y el deseo la invadían.

Es importante reforzar en los adolescentes el alto valor de la sexualidad y genitalidad como elementos de comunicación amorosa y no de experimentación, detrás de lo cual quedarán sólo sentimientos de vacío y soledad al experimentarse como meros instrumentos de ensayo.

Después del flirteo sigue el enamoramiento el cual es una relación más selectiva y de naturaleza más emotiva e irracional. Entre las transformaciones que implica el enamoramiento en el adolescente, se encuentra el salir de sí mismo para proyectarse hacia la pareja. Nada le interesa ni importa si no es visto, sentido, vivido a través del "lente" del otro. El estudio, el trabajo, la familia y los amigos pasan a un segundo plano.

El enamoramiento ocupa un lugar central en la vida de los chicos: es como una época de dulce ensoñación, en la que parece que flotarán en lugar de caminar, para ellos su pareja es perfecta: todo lo tiene y todo lo sabe. Es un escalón que todas las personas deben pisar en el crecimiento sobre el amor y la relación con el otro sexo.

Una relación difícil con los padres en esta etapa podría precipitar a los enamorados a un casamiento intempestivo, lo cual será grave dado el grado de idealización por el que atraviesan los jóvenes, el cual no les permite un conocimiento real del otro; el vínculo de la pareja es muy frágil y a la menor dificultad se rompería. Además, una vida en pareja, constituida por la presión de las circunstancias, una vez que desaparezca el lente "azulado del amor" y se conozca al otro tal cual es, generará frustración y desencanto.

Un segundo mecanismo que se dispara en el enamoramiento es el que tiende a modificar las posibles discrepancias entre ambos enamorados. Para el enamorado todo lo referente a su pareja es formidable y positivo, siempre hay una disculpa para ignorar en él, otros aspectos negativos. Es la idealización sin la cual jamás se da el enamoramiento y es una etapa importante en el proceso de maduración y crecimiento humano.

Un tercer mecanismo que se dispara, por fin, se refiere a las experiencias que

el enamoramiento implica: el enamorado pierde el apetito, el sueño, o sufre hambre excesiva y tiene felices sueños.

Los chicos o las chicas muy enamorados tienden a perder peso y adelgazarse, y no sólo es por el otro en quien se piensa sino por sí mismo, el yo interior que se cuestiona y se evalúa y se autoconstruye en la experiencia del amor. De ahí las largas meditaciones en las que se involucran los chicos que atraviesan esta etapa.

Se experimentan ansiedades, palpitaciones, palidez y rubor. Es la emotividad que se desencadena violenta-mente cada vez que el adolescente enamorado ve, oye hablar o piensa en la persona amada. La concentración se desvanece y el pensamiento permanece fijo en él o ella, independientemente de las actividades o conversaciones que realice el enamorado.

Las chicas suelen atravesar por pesadillas nocturnas en las que un hombre las persigue con un cuchillo o algo alargado o corto punzante. Al decir de Freud, es la sexualidad y el deseo sexual el que altera y aparece en las imágenes oníricas de carácter inconsciente.

En la antigüedad, y dada la represión a que se sometía a la mujer en sus deseos sexuales, era típico escuchar que algunas doncellas o quinceañeras eran perseguidas por brujas, quienes en la noche las ahogaban subiéndoseles al pecho.

En el enamoramiento el adolescente se siente feliz y motivado. A pesar de que, como hemos anotado, no tenga la fuerza de voluntad para concentrarse en otras cosas, existe la necesidad abstracta y el entusiasmo de hacerlas. Todo se vuelve hermoso y se ama a todo el mundo; lo que antes le disgustaba ni siquiera le molesta, y la depresión y el aburrimiento desaparecen por completo. Es como un estado de armonía consigo mismo.

El joven se hace esclavo de este estado, el cual permanece en tanto que el amor le corresponda y las cosas con su pareja marchen. Pero si la relación afectiva tiene reveses y el chico o la chica sufre alguna decepción, sobrevendrá la más aguda y dolorosa depresión. Por esa razón es de doble filo el enamoramiento por el que atraviesa el adolescente: lo puede llevar al cielo o lo puede llevar al infierno, según los sentimientos que experimente.

Es interesante que hay adolescentes que se enamoran continuamente y otros que no se enamoran nunca.

En general, el adolescente que se enamora con gran facilidad es constitucionalmente de naturaleza frágil, inseguro de sí mismo y de sus más profundas necesidades psicológicas, con una constante necesidad de encontrar nuevos estímulos en personas cada vez más distintas, como si de este modo pudiera verificar y descubrir su propia personalidad e identidad.

Cuando existe un yo débil, se es más proclive a "enamorarse" o "tragarse",

que de alguna manera, es como perderse en el otro.

Por esa razón, mientras una persona trabaje más su yo interior, lo fortalezca, aumente su autoestima, se enamora menos, porque encontrará más razones en sí mismo para gustarse y sentir el sabor de la vida, y al contrario, quien no ha encontrado en sí mismo motivaciones para vivir tendrá la esperanza que el otro, "su amor", le ayudará a vivir y tal vez, reestructurará su yo.

De igual manera se da la tendencia a la depresión. Un chico o chica con un yo fuerte, ante rupturas amorosas no se hundirá en la depresión y vacío existencial con tal intensidad a como lo haría el chico o la chica con este tipo de carencias.

Ahora bien, veámoslo con un ejemplo: alguna chica decía. "Quiero que mi novio no me manipule".

Es que yo actúo según lo que él dice y no como yo quiero. Es que me siento tan débil, cuando estoy con él trato de opinar lo mismo que él.

Aunque de modo distinto, los adolescentes que no se enamoran nunca sufren una especie de carencia; en la mayor parte de los casos se trata de estructuras cerradas en su "yo" que viven en una especie de avaricia psico-lógica como si creyeran que el tiempo que dedican a los demás fuera un tiempo perdido.

Esta especie de cierre al enamoramiento pareciera que es la forma más sana para que un adolescente atravesase su crecimiento psicoafectivo, pero no. El enamoramiento le enseña a los chicos a relacionarse con el otro sexo, a crecer en el amor en cuanto a trascender; les permite, tras decepciones sufridas y meras idealizaciones, el logro de relaciones más realistas en donde el yo se muestra en un grado de mayor transparencia.

Además, la vivencia del sufrimiento, en las decepciones amorosas, proporciona una excelente oportunidad para que el muchacho establezca diálogos creadores con su yo interior, se encamine en la autoconstrucción.

Estas vivencias no deberán precipitarse. A los adolescentes que viven esta especie de avaricia (la cual puede ser fruto de mucha sobreprotección paterna) les llegará el momento de las ilusiones y los enamoramientos que podrían ser de mayor intensidad.

TENDENCIA A LA SOLEDAD

Tengo una terrible necesidad de estar sola. Papá se da cuenta de que no soy la de siempre, pero no puedo contarle nada. ¡Dejadme tranquila, dejadme sola!: eso es lo que quisiera gritar todo el tiempo.

Ana Frank

He aquí a Ana pidiendo a gritos estar sola. Algo paradójico no sólo por la condición en la que se encuentra: el encierro obligado que la lleva irremediablemente a estar acompañada por los demás miembros del exilio, sino porque el estado emocional de la adolescencia incita a la búsqueda ansiosa de apoyo y reconocimiento y a la vez la soledad, y es lo contradictorio. No quiero que me dejes sola y a la vez quiero que me sueltes, decía una adolescente a su padre.

La imprecación: “déjenme sola”, significa más bien, “no me abandonen, quíranme más, pero a mi modo, como yo soy, no como ustedes quieren que yo sea”.

Cuando Ana dice que su padre se da cuenta de que ella ya no es la de siempre, hace válido aquello de que siempre el adolescente cuenta con alguien que intuye qué pasa en su interior, digamos, que de alguna manera comprende el sentido de esa metamorfosis. “Pero no puedo contarle nada”, dice Ana. ¿Por qué no puede contarle? ¿No quiere? ¿No sabe? ¿No quiere ofenderle? Es curioso que quien sufre este proceso adolescente no pueda formularlo con palabras; sólo lo siente, lo vive, pero no lo conceptualiza: necesita otro que pueda servir de espejo para ver reflejado aquello que se vivencia y poder trascenderlo. Ahí radica la soledad más profunda y generadora de las otras sensaciones de soledad que experimenta: es la soledad en lo sentido. Nadie podrá acompañarlo en este túnel, de aquí también saldrá solo. Pero quizá lo que ignora el adolescente, es que la vida auténtica tiene que ser llena de esta soledad originaria.

El adolescente siente un atractivo fascinante hacia la soledad. Busca aislarse; pero no para convertirse en un ser solitario, sino en cuanto es en la soledad

donde conversa consigo mismo y desde la que entiende y profundiza en la propia realidad.

La fascinación por la soledad, es discutible: Sí, le fascina pero porque no hay mejor elemento con el que pueda combinarse el proceso de convertirse en adulto: necesariamente la soledad le liberará de la tensión a que se ve sometido ante la presencia cuestionadora, hipócrita y normativa de los adultos. En la soledad, las amarras se sueltan y el aire de la tranquilidad fluye. Existe una relación entre este tipo de soledad y los estados depre-sivos por los que atraviesa; es una depresión necesaria, válida y rica en aportes. Es un subsumirse en lo más profundo de la esencia yoica, para volver a esa personalidad que se está organizando. Es necesario bajar constantemente a la fuente del yo, para beber de ella y salir a la realidad resarcido de su nueva naturaleza.

Es importante que el adolescente se reconcilie con estos estados depresivos y les otorgue el valor real: oportunidades de crecimiento, de avance, de autoconstrucción, son oasis en medio del desierto de la crítica externa que crea la opresión. Conviene, entonces, que el muchacho ponga a dialogar su yo antiguo con el nuevo que resurge; en ese diálogo, las preguntas van y vienen, los silencios se dirigen al infinito y, al final, dejan en el alma una tranquilidad propia de quien expresa a su manera lo que se siente.

En esta soledad profundiza y entiende la propia realidad. Sí, sólo él puede adentrarse en sí mismo, y desde ahí mirar la realidad de los otros, pero también intentará caminar por donde alguna vez pasó Sócrates, para hacer la invitación milenaria "conócete a ti mismo".

El alejamiento de los demás le permite concentrarse en el conocimiento de sí mismo. Es el momento de la lectura a solas, de los diarios íntimos, de la poesía, de las canciones a través de las cuales busca guardar celosamente su intimidad; pero el motivo esencial del aislamiento no es ocultar y preservar la intimidad, sino considerarse diferente de los demás, poseedor de cualidades que no se dan en ningún otro. "Creo ser la única de mi curso que reflexiona sobre sí misma. Los otros parecen desprovistos de vida interior", decía una adolescente.

Necesariamente, para diferenciarse de los demás hay que alejarse de ellos. Se requiere construir un lugar propio. Por eso se escriben diarios. Como un compañero más que íntimo, es otro yo. Por eso Ana le puso nombre: "Kitty". No quería dejar en la impersonalidad ni en la abstracción las largas, importantes e íntimas conversaciones. La poesía viene como anillo al dedo, pues maneja un lenguaje diferente, es el intento de tomar el mundo como lenguaje; le permite al adolescente sacar a pasear el deseo guardado de ser contestatario, de enfrentar el "status quo" y vivir su propia originalidad. Quizá no hay época en la vida en la que se busca probar más la autenticidad y la unicidad que en la adolescencia.

Los adultos deben permitirles estos espacios de soledad, sin sentirse amenazados, ni adoloridos por considerar que los muchachos ya quieren

prescindir de ellos, no se trata de eso, es más bien la necesidad lícita de dedicarse tiempo a sí mismos, sin los adultos, solos con su propio yo, en comunión con otros chicos que atraviesan su mismo proceso.

Es hermoso este estado donde el adolescente se interroga sobre su propia existencia. Donde se adentra en el conocimiento de sí mismo. Ojalá los adultos aprendié-ramos la invitación que nos hacen los chicos cumpliendo la exhortación socrática “una vida sin examen no vale la pena ser vivida”.

PENSAMIENTO FORMAL

Tengo una cualidad que sobresale mucho y que a todo aquel que me conoce desde algún tiempo tiene que llamarle la atención, y es el conocimiento de mí misma. Sin ningún prejuicio y con una bolsa llena de disculpas me planto frente a la Ana de todos los días y observo lo que hace bien y lo que hace mal. Esa conciencia de mí misma nunca me abandona y enseguida después de pronunciar cualquier palabra sé: esto lo tendrías que haber dicho de otra forma.

Ana Frank

Vemos aquí que Ana es capaz de tomar distancia de sí misma y analizarse, algo así como ser autocrítica. Significa que existe en ella o está iniciándose la objetividad, como una característica del pensamiento formal. Se ha dicho que es en la adolescencia cuando se da este tipo de desarrollo mental. Ya Ana no es la niña que se disculpa y se refugia en la "infantil irresponsabilidad". Cree que hay cosas que podría o debería haber hecho de otra forma, lo cual la lleva incluso a plantearse la pregunta clásica del conocimiento de sí misma, que es fruto de la autoconciencia. Para los psicólogos el tema del pensamiento ha sido ampliamente estudiado por una rama de esta disciplina conocida como procesos cognitivos.

Durante mucho tiempo se creyó que los niños eran iguales a los adultos, en el sentido del raciocinio. Algo así como enanos; pequeños de cuerpo pero con mente igual a la de los adultos.

Fue Jean Piaget, psicólogo y biólogo suizo, quien con sus investigaciones fue demostrando poco a poco que el pensamiento, la mente, los raciocinios equilibrados son fruto de un desarrollo y una construcción.

Este autor encontró que hay un parecido en el desarrollo del hombre como especie y como persona particular en el vientre de su madre... Es decir, el hombre en su evolución tuvo los mismos pasos que tiene el bebé en el seno materno, en su nacimiento y en su desarrollo hasta la adultez, es decir, la ontogenia recapitula la filogenia.

Pero lo que sí queda claro es que el niño cuando nace no tiene capacidad de

pensar como los adultos, sino la posibilidad. Hay una relación estrecha entre cerebro, medio ambiente y estructuras mentales.

Se llama estructuras mentales a todo un conjunto de procesos que se dan en la mente a medida que el niño se desarrolla y que son una construcción. Esta última afirmación es clara: se construyen, lo que equivale a decir que no vienen dados por la naturaleza.

Todo niño nace con la posibilidad de construir un pensamiento formal (claro, si no tiene ninguna lesión cerebral), pero el medio (la mamá, un ambiente estimulante y estimulador, el papá, etc) ayuda, en una actitud recíproca de intercambios, a lo que Piaget llamó asimilación y acomodación.

El ambiente proporciona estímulos y el bebé los asimila a la vez que se acomoda a la nueva situación; en este vaivén de asimilar y acomodarse van creciendo y se va construyendo en su mente unos esquemas o estructuras que le permitirán entender el mundo.

El adolescente presenta unas formas de pensamiento semejantes a las del hombre adulto, que se corresponden con las formas del pensamiento calificadas de científicas por nuestra cultura occidental y que tan buenos resultados vienen dando al progreso actual de la ciencia. El niño de etapas anteriores presentaba formas de conocimientos cualitativamente diferentes a lo largo de su desarrollo ontogenético.

Con la adolescencia, el ser humano inaugura las formas de pensamiento adulto. El pensamiento del adolescente comienza a ser capaz de librarse de esa esclavitud a la que los receptores sensoriales le han sometido hasta ahora. El adolescente puede comenzar a pensar ya no sólo sobre los objetos sensibles de los que ha tenido experiencia, sino también sobre objetos posibles, constructos abstractos más sobre proposiciones elaboradas mentalmente, etc; sus razonamientos pueden partir de la pura posibilidad.

Es de general aceptación la existencia de cuatro estadios a lo largo del desarrollo cognitivo. Usando la terminología piagetiana comúnmente utilizada:

Estadio sensoriomotor: 0-2 años aproximadamente

Estadio preoperacional: 2-7 años aproximadamente

Estadio de las operaciones concretas: 7 a 11 años

Estadio de las operaciones formales: 11 años en adelante

Veamos en detalle:

1. Estadio sensoriomotor (0 - 2 años aprox.)

Durante los primeros meses de la vida del niño, la cognición del medio se realiza exclusivamente a partir de los esquemas sensoriomotores de succión, presión, etc.; cognitivamente hablando, para el niño de este período el mundo es únicamente una realidad chupable, audible, prensible, porque los únicos esquemas de comportamiento con que nace son de succión, audición, presión,

etc. Es este el primer tipo de estructura sobre la que el niño generará el resto de sus estructuras futuras.

Aunque parezca aberrante, es ésta la primera manifestación del pensamiento humano. El niño cuando nace no tiene conciencia de sí mismo, ni de los objetos. Su mundo se compone solamente de un manejo de sensaciones desconectadas unas de otras, con las cuales comienza a conducirse en un mundo emisor de energía física capaz de estimular sus receptores sensoriales.

A partir de ellas comenzará a construir su propio mundo. El complicado sistema de pensamiento hipotético deductivo del hombre adulto se generará poco a poco desde estas estructuras cognitivas sensoriales infantiles.

2. Estadio preoperacional (2 – 7 años aprox.)

Gradualmente, entre los 18 y 24 meses aparece en el niño una nueva forma de pensar ligada a la capacidad de representarse mentalmente los objetos, las acciones y las relaciones entre ellos. Al aparecer esta capacidad representativa, el niño se libera de lo puramente sensible y de lo puramente motor a que estaba circunscrito de forma absoluta en el estadio anterior. El niño adquiere una inteligencia de tipo simbólico que lo libera, en cierta forma, de su dependencia de la manipulación de los objetos. Se observa que adquirir esta capacidad representativa supone en el niño la capacidad de asignar “lo representado” a lo “representante”, o como dicen los lingüistas, el significado al significante.

Mediante esta capacidad, una imagen, una palabra, un dibujo, una determinada forma, etc, va a evocar un objeto, una acción, un sentimiento. El niño ya no necesita manipular un objeto o realizar una acción para poder tenerla presente; aparece un nuevo tipo de conocimiento: la inteligencia sensomotora. A pesar de todo ello, los datos sensoriales aún van ejerciendo una poderosa influencia en la elaboración de las percepciones del niño y le van a conducir a multitud de juicios erróneos. Las clásicas pruebas piagetianas sobre la conservación de la masa, del volumen, del número, etc., son un claro ejemplo descriptivo de ellos: al aplastar una bola de plastilina, ésta aumenta su cantidad; lo mismo al trasvasar una determinada cantidad de agua de un vaso ancho a otro estrecho, etc; igualmente, la concentración de la atención en el aspecto más llamativo de un objeto o acción; las explicaciones contradictorias con que explica los sucesos del mundo, o lo que Piaget llamó “razonamiento transductivo”, uso de asociaciones yuxtapuestas, más que de deducciones, construyen una clara prueba de que el pensamiento del niño aún no se gobierna por leyes lógicas y que depende directamente de los actos percibidos.

3. Estadio de las operaciones concretas (7 – 11 años aprox.)

Hacia los siete años tiene lugar en el niño otro de los cambios del desarrollo. Su pensamiento comienza a adquirir paulatinamente operaciones lógicas. El niño de este estadio ya es capaz de aplicar operaciones mentales a los objetos tales como clasificar, agrupar objetos según uno o más criterios; hacer series de

objetos según uno o varios criterios. Cuando el niño emite sus juicios sobre el mundo, estas operaciones lógicas se anteponen a las posibles alteraciones perceptivas procedentes de los datos empíricos (la realidad), con lo que se superan las principales deficiencias; el niño del estadio lógico concreto ya es capaz de corregir mentalmente las contradicciones que pueden provenir de los datos sensoriales o de la pura imaginación.

A pesar del gran avance que supone este estadio en el desarrollo cognoscitivo, la principal diferencia viene a ser la dificultad de adecuar su razonamiento al razonamiento hipotético deductivo, típico del conocimiento científico. El razonamiento del niño de este estadio parte de lo empírico, es decir, de lo concreto. Por ello esta característica da nombre al estadio. Es a partir de estas observaciones concretas como puede llegar, por inducción, a formular leyes generales que subyacen a los casos específicos. Esto sigue llevando, en multitud de ocasiones, al niño de este estadio, a emitir juicios erróneos.

4. Estadio de las operaciones formales (11 años en adelante)

En este estadio, el adolescente puede comenzar a prescindir de lo real, de lo directamente percibido, para emprender sus razonamientos desde el mundo de las ideas, desde el mundo de lo posible. Hasta ahora, el punto inexorable de partida era el mundo directamente percibido. En la cognición adolescente y adulta el mundo real pasa a no ser más que una porción posible. Desde esa pura posibilidad, en la que todo es hipótesis, se aplica ahora otra de las adquisiciones nuevas del razonamiento adolescente: la reducción lógica, que acepta unas hipótesis y rechaza otras en función de la validez que se les asigne, y sólo ahora, tras deducir la bondad de las conclusiones teóricas confrontándolas con lo que ocurre en la realidad. Sólo tras esta confrontación final se aceptarán las conclusiones como válidas.

En el estadio anterior, el niño ya era capaz de un pensamiento lógico, pero atado al mundo percibido, al mundo real, al razonamiento empírico deductivo. El adolescente se libera de esas ataduras, su razonamiento hipotético deductivo, propio de la ciencia actual, relega a un segundo plano el empírico deductivo propio de estadios anteriores.

Estas características, junto con la posibilidad del uso manifiesto de las leyes de la combinatoria, dotan al adolescente de unas potentes armas para emitir juicios corrientes acerca de los fenómenos del mundo. También ha de tenerse en cuenta que con la entrada a la adolescencia, no se acaba de ninguna forma, el desarrollo cognitivo humano.

Tal pensamiento formal, que se inicia en la mente del adolescente se puede desglosar en los siguientes puntos:

1. El mundo de lo posible frente al mundo de lo real

El mundo real, su objeto y las relaciones entre los objetos son consideradas parte potencial de lo que pudiera ser.

En otras palabras, el adolescente considera otras posibilidades distintas a lo que ve o siente; hay algo más que la mera realidad tangible: lo abstracto.

2. El pensamiento hipotético deductivo

A la hora de resolver una inquietud es capaz de formularse hipótesis o soluciones posibles, cuya validez compara con la realidad.

Por eso el razonamiento es así: si la hipótesis A es verdadera, entonces ocurrirá el fenómeno B. Después comprobará con la realidad si el fenómeno ocurrió y así confirmará o rechazará la hipótesis. Esto es lo que generalmente hacen los científicos.

Por eso aparecen tantas dudas en el adolescente, especialmente sobre la existencia de Dios. Es común que los chicos se digan:

- Hipótesis: si Dios hizo el mundo.
- Fenómeno: todos seríamos iguales en condiciones sociales.

Cuando el chico critica la amplísima pobreza tiende a rechazar la hipótesis: Dios existe. Es difícil después para el adolescente entender la asimilación de la existencia en la generación de las desigualdades. Esto se adquiere en estadios más avanzados.

Pero hay que resaltar que en sí mismo el raciocinio del adolescente es válido y es fruto de su capacidad de apropiarse de un pensamiento autónomo y original.

MECANISMOS DE DEFENSA

No te puedes hacer una idea de cuántas veces he intentado empujar a esta Ana, que sólo es la mitad de todo lo que lleva ese nombre, de golpearla, de esconderla, pero no lo logro y yo misma sé que no puede ser.

Ana Frank

He aquí cómo nuestra chica expresa en su lenguaje todo lo que lucha con su yo interior para, a veces, protegerse y otras, atraer. A esto le llamamos mecanismos de defensa; son acciones de carácter inconsciente que las personas usamos en situaciones en las que la identidad se ve amenazada.

Explicemos eso de la amenaza de la identidad. Todo nuestro ser se ha organizado en torno a un concepto que cada uno de nosotros tiene de sí mismo. En esa misma medida, cada uno tiene unas expectativas, es decir, que espera de sí mismo aquello relativo a la opinión de sí. El adolescente está construyendo un yo que tiene que integrar la genitalidad, la nueva concepción de autoridad, la autonomía y unos impulsos sexuales que desbordan su organización infantil. Existe entonces una amenaza: esa identidad infantil tiene que destruirse para dar paso a la nueva de un adulto. Pero en este ínterin hay angustia, producto de los embates que al yo del niño le hacen las nuevas adquisiciones del cuerpo neopúbero, y como el yo no puede quedarse con esta sensación de angustia, desarrolla unos mecanismos para defenderse. Estos son: ascetismo, atletismo e intelectualismo, los cuales le permiten asumirse, y a la vez esconderse de su nueva realidad: la genitalidad que se le asoma por todos los poros.

1. Ascetismo

Presupone la total represión de la energía pulsional. Pero no sólo se prohíbe la satisfacción del instinto propiamente sexual (como serían los encuentros con el otro sexo, los besos y la masturbación) sino que la prohibición puede llegar a ser tal que abarque cualquier manifestación instintiva (evitar satisfacer el hambre, el frío, el cansancio). El adolescente castiga cruelmente su cuerpo sexuado; la anorexia mental es un ejemplo claro en el que se recurre a este mecanismo de

defensa. (Anorexia: pérdida de apetito. Preferimos llamarla mental porque no proviene de una manifestación orgánica en donde se carecería de este impulso natural, sino de una causación psíquica o mental que lleva a rechazar el alimento).

En la adolescencia suelen darse extremos: o una liberación rayana en el libertinaje, o una represión absoluta como en este mecanismo de defensa.

Es por eso interesante observar en muchos jóvenes adolescentes esta manifestación mística religiosa, que los libera de expresar con toda tranquilidad su cuerpo genitalizado y sexuado. Por tanto, los educadores y orientadores deben ser muy sutiles al escoger vocaciones religiosas o sacerdotales en jóvenes, pues algunos podrían estar siendo afectados por este tipo de mecanismo.

No es sano para los adolescentes una religiosidad llevada al extremo, que se parece al fundamentalismo de algunos grupos religiosos y que tanto mal hacen a la religión y a la humanidad en general.

Debe orientarse al joven y darle espacios para que viva su vida saludable de adolescente en la que pueda participar de intercambios sanos con el otro sexo: bailes, paseos, deportes, noviazgo.

No se le debe reforzar al chico o chica una excesiva tendencia a la religiosidad, porque en el fondo es un engaño para él mismo, y cuando abandone dicho estado emocional podría sentir aversión hacia lo religioso.

Es importante aclarar que una cosa es la "religiosidad excesiva" y otra la espiritualidad, ya que la primera es una defensa ante procesos psicológicos, y la otra, también entendida como religión, abarca el contacto y la búsqueda auténtica de lo trascendente. En este último aspecto cabe la guía y la orientación del director espiritual para que canalice y enrute dichas manifestaciones como fenómenos humanizantes y loables en un joven que se abre a la vida. El proceso de discernimiento que se realiza en algunos seminarios se inspira en esta intencionalidad.

2. Atletismo

Se trata del yo atlético como antítesis al yo ascético descrito anteriormente. Las transformaciones corporales del adolescente conducen a un incremento de la masa y fuerza muscular, que favorecen el recurrir a la acción (hiperactividad) como forma de hacer frente a las angustias y conflictos propios de la adolescencia. El temor a la pasividad, al infantilismo, a las tendencias homosexuales, conducen al adolescente a reafirmarse con el propio cuerpo y a mostrar su cuerpo atlético, viril. Se recurre al deporte como forma de canalizar las pulsiones libidinales y agresivas (competición). No se rechaza el cuerpo sino que se cultiva y controla (era del culturismo).

Sí, esta es la otra forma de defenderse el adolescente de las presiones sexuales que su cuerpo experimenta. Dado que estamos en una cultura que privilegia lo plástico y materializado en formas bellas y voluptuosas, este adolescente, podría camuflarse tranquilamente aquí.

Lo negativo es que por ocuparse excesivamente del cuerpo y la imagen, el chico o la chica olvidan su componente espiritual y psíquico, y además no se preocupan por ahondar en su yo, con la intención de elaborar el proceso por el que están atravesando.

Una vida dedicada sólo al cultivo del cuerpo, crea unas actitudes hacia las comidas casi de asco y rechazo, además, al mirar sólo a través del cuerpo torneado, aparece un círculo de amigos en los que los temas carecen de profundidad y cae en el vacío de lo material y carnal. De aquí al inicio de una vida sexual promiscua sólo hay un paso.

La persona es algo más que cuerpo formado, existe toda la interioridad, y en este aspecto será de capital importancia que el adolescente comprenda, empezando por

él mismo.

3. Intelectualismo

No se prohíbe la expresión del instinto, sino que se desplaza. El refugiarse en la labor intelectual, responde únicamente al intento de dominar la actividad instintiva; de ahí que el contenido de sus deliberaciones se corresponda con sus inquietudes psíquicas. De hecho, se conectan los procesos instintivos con representaciones que los hacen accesibles a la conciencia, y por tanto, dominables en un nivel psíquico diferente.

También constituye otro mecanismo de defensa el refugiarse en la lectura, grandes tomos de libros van y vienen. Se convierten en ratones de biblioteca y aquellos que no lean, son chicos vacíos o cabezas huecas. No importa si es un libro o si es a través de Internet, pero hay avidez de información y con ella de mostrar una cara formal y unos anteojos que den cuenta de la intelectualidad que se esconde y que permite a la chica o chico ser reconocido en su círculo. De alguna manera es agradable ser reconocido por ser un "nerd" (según algunas películas de origen norteamericano, eran chicos muy estudiosos y con alto coeficiente intelectual).

También aquí es necesario orientar al adolescente, dado que no hay una motivación interior por el aprendizaje sino que se trata de una defensa y a la vez de una búsqueda de reconocimiento. Cuando el joven está a solas experimenta vacío de su labor intelectual.

Llegará el momento del enamoramiento para el "nerd" o la "nerd": un interlocutor con quien podrá traslucir su alma adolescente sedienta de

desahogar sus ilusiones, frustraciones y anhelos. Ahí desaparecerá la fachada de la búsqueda intelectual. Puede correrse al extremo: un abandono o repudio por el aprendizaje. El chico o la chica quedó cansado de tantas lecturas vacías y de labores de aprendizaje sólo para recibir aprobación social.

DUELOS ADOLESCENTES

Cuando uno va cambiando, sólo lo nota cuando ya está cambiada. Yo he cambiado, y mucho; completa y total-mente. Mis opiniones, mis pareceres, mi visión crítica, mi aspecto, mi carácter: todo ha cambiado. Y puedo decirlo tranquilamente porque es cierto, que todo ha cambiado para bien, ya alguna vez te he contado lo difícil que ha sido para mí dejar atrás esa vida de muñeca adorada y venir aquí, en medio de la cruda realidad de regañinas de muchas cosas por las que he tenido que pasar.

Ana Frank

Es curioso ver a Ana y a las adolescentes notar cómo han sufrido una metamorfosis. Se han transformado. No son lo que eran. Y recalca Ana lo difícil de ese cambio; ¿en qué radica la dificultad? Los padres y adultos creemos que para los chicos todo es fácil y se lo repetimos constantemente. Pero, ¿es difícil? Sí, claro. Es difícil dejar las muñecas, los carritos, los mimos, los arrullos y abruptamente, introducirse en un mundo de adulto en el que de repente se lanza al joven: "haga usted las cosas", "ya está muy crecida", "yo no sé usted", "mire a ver qué va a hacer", etc. Todas estas son frases comunes de los padres, con "buenas intenciones", pretenden abrirle camino a los muchachos en crecimiento, pero sin tener siquiera un asomo de que es casi como lanzar un balde de agua fría después de haber dejado la tibieza de la cama.

Aparecen los regaños, la voz del padre o de la madre que, aunque imprescindibles, no tienen presente el serio proceso que el hijo está atravesando.

Ana también está esbozando con estas expresiones aquello que llamamos los psicólogos: duelos; duelos por el cuerpo infantil, por los padres de la infancia y por la identidad infantil.

Los duelos son un conjunto de representaciones mentales que acompañan a la pérdida de un objeto (persona, estado, cosa) amado. La pérdida del objeto al cual se está afectivamente ligado produce un desgarramiento, una depresión unida a los sentimientos de culpabilidad por la pérdida.

La palabra "duelo" proviene de "dolor", y es que perder causa dolor. ¿Y qué se ha perdido? Pues toda esa condición anterior en la que se vivía muy tranquilo, al amparo de la infantil irresponsabilidad.

Las representaciones mentales que acompañan la pérdida tienen que ver con las imágenes, fantasías y recuerdos, así como también con los sentimientos que generan llanto.

También hay que incluir dentro del duelo aquel que hacen los padres, porque éstos también pierden a su niña o a su chiquillo. El papá pierde a la chiquilla que lo peinaba, le ponía moños, le pedía que la cargara o lo empujaba de la mano a dar alguna caminata por el parque mientras se comían un helado.

Se pierde al chiquillo a quien había que limpiarle la cara tal vez mugrienta de jugar canicas, o que constantemente asaltaba con preguntas u ocurrencias muy ingeniosas. Una adolescente refería que el día en que le comunicó a su madre que tenía novio, ésta se echó a llorar.

El llanto se da porque aparece la mujer y se abandona la infantil inocencia, llegan días quizá turbulentos, de preocupación, críticas, discusiones, traspasos esperando que el chico o la chica llegue de la fiesta.

El desgarramiento que se produce en el adolescente obedece a la transformación de su personalidad y al resquebrajamiento de su yo, acompañado por momentos de depresión y profunda tristeza, que se experimentan como una melancolía sin una razón de ser. Pero, aparente, porque en realidad existe una razón profunda y trascendente.

1. Duelo por el cuerpo infantil

Ante la definición de identidad genital, el niño y la niña púberes se ven obligados a renunciar a las fantasías de su bisexualidad, omnipresentes en el pensamiento infantil, y dejar paso a la masculinidad y feminidad respectivamente.

De acuerdo con los hallazgos de Sigmund Freud 10, desde el punto de vista psicológico, los niños presentan una identidad sexual que corresponde a ambos sexos, es decir, que son bisexuales. Un niño, por lo tanto, responde tanto a lo masculino como a lo femenino. La costumbre cultural de vestir las niñas de color rosado y a los niños de color azul, busca direccionarlos hacia uno u otro sexo (el que le correspondió en sentido psicológico); en lo psíquico, ningún niño tiene "conciencia" de pertenecer a alguno en particular.

Por esta razón, un duelo fundamental que realiza el adolescente es el abandono de esta posibilidad, tener ambas facetas: masculino y femenino; poder ejercer la ternura, o las gracias que puede expresar sin ningún tipo de veto desde la instancia paterna. El adolescente es como un adulto que ensaya si tiene el imperativo social de no sólo definirse, sino circunscribirse a su género. Por ello hay tanta preocupación desde la casa para que el chico o la chica ya dé

muestras inequívocas de que sí es un varoncito, o mujercita y no se quede en las ambigüedades. Que el chico no use arete, no se deje el pelo largo; la chica, sea femenina y no se confunda con los atuendos unisexo que son tan comunes en nuestro medio social y comercial.

Haciendo caso omiso a todas estas demandas desde la instancia paterna, los chicos prefieren no cortar abruptamente con estas fantasías bisexuales y permanecen algún tiempo en este limbo que significa el vestido y el comportamiento un tanto unificados: unisexo.

2. Duelo por la dependencia infantil (o identidad infantil)

Al asumir un cuerpo genital adulto, el adolescente revive el abandono y la pérdida de la relación dual y simbiótica con la madre, gracias a la cual el niño vivía en un estado de bienestar y placer.

Cuando el niño nace, no se experimenta como persona diferenciada y única, sino que se "vivencia" como una totalidad. Lo pongo entre comillas porque para hablar de "sentirse" es menester que se haya construido un yo, o que se cuente con la conciencia, y esto es un proceso lento y paulatino en el cual está involucrada la mamá y la relación que mantiene con el niño a lo largo de su primer año de vida. El niño vive una simbiosis con la madre en la que ésta le prodiga todo el cuidado y cariño necesarios para autoconstruirse como persona diferenciada.

Es un estado de sumo bienestar y placer durante el cual las gratificaciones provienen de afuera, y el niño es pasivo y receptivo a ellas. El adolescente debe renunciar a esta relación y lo hace mucho tiempo antes de la pubertad; se asume como objeto de una sexualidad genital, recapitula los estados anteriores de comodidad y protección, sintiendo el dolor de haber sido arrojado del paraíso o edén primigenio en donde no conocía para nada la frustración. Pero, afortunadamente, es echado de ese idilio romántico de la madre, ya que de no hacerlo, se mantendría una constante relación con la mamá, pero en una condición conocida como psicosis o locura, que para nosotros se asemeja más bien al infierno.

Que el adolescente haga el duelo por la dependencia infantil o identidad infantil será natural y necesario, y es el pasaporte a una condición de persona autónoma que camina en pos de una identidad y personalidad estructurada, que ingresa a la frustración y al dolor propios de la condición adulta. No podemos asemejar duelo con daño o maldad. El duelo es saludable, implica crecimiento y liberación.

3. Duelo por los objetos edípicos (o los padres de la infancia)

El desarrollo corporal hace tomar conciencia al adolescente del cuerpo sexuado de sus padres y del posible entrometimiento en su relación. Por ello debe producirse necesariamente (imperativo del tabú del incesto) y de forma paulatina, la remoción de la libido de los objetos edípicos y orientarse hacia

nuevos objetos exogámicos. La rebeldía, inversión de los afectos, etc, son mecanismos de defensa que encontramos en el proceso más normal del desarrollo adolescente como formas de desvinculación de las figuras parentales.

En la terminología psicoanalítica, se denomina objeto al padre o la madre, en el sentido de que hacia ellos se dirige el afecto o libido (libido es un término que se toma como energía afectiva o sexual). Lo edípico está relacionado con un estado por el que atraviesa todo niño cuando se encuentra en la triple relación papá, mamá, él o ella. Por lo tanto, hablar de objetos edípicos es referirse a los papás (o quienes hagan sus veces, porque pueden ser los abuelos, u otra persona que cumple ese papel), tal y como los percibe el niño en esa época de su vida. ¿Y cómo los percibe, o cómo los vive? He ahí la clave, dado que la vivencia que tiene una persona de sus padres va cambiando a lo largo de su vida. En la niñez, específicamente, los padres son vividos, como una realidad totalizadora y onnipotente, algo así como "Dios". Los padres satisfacen todas las necesidades y se constituyen en su máxima referencia. El niño aprende a quererse y valorarse, en función del cariño y la valoración que los padres le prodigan; piensa de sí mismo y siente según la palabra y opiniones que los padres le manifiesten. Los padres son protectores, cuidadores y le generan al niño tranquilidad y confianza respecto de sí mismo.

Abandonar a sus padres es arrojarse a la soledad y vacío del encuentro consigo mismo, lo que implica comenzar a ser autosuficiente. Los padres cumplen una excelente labor si ese desprendimiento lo hacen paulatinamente y no de manera abrupta. Enseñarle poco a poco que él mismo debe ser responsable de sus cosas y de su propia existencia será la estrategia necesaria para ayudarlo en su madurez y desarrollo. No de manera traumática y dolorosa. Se necesita que ellos antes realicen el duelo respectivo por la pérdida del niño a quien desde el principio deben educar para que se vaya. Sí, que se vaya, que se desapegue, que se suelte y vuele solo. De no hacerlo, el duelo por los objetos edípicos podría ser muy traumático para el adolescente.

SEXUALIDAD Y GENITALIDAD

Que una chica, cuando entra en la pubertad, se vuelve muy callada y empieza a reflexionar acerca de las cosas milagrosas que se producen en su cuerpo.

Ana Frank

La pubertad es un hito importante en toda persona. Ana, que es una chica tan despierta, no es ajena a ello, por algo tenía vocación y dotes de escritora.

Como se ha dicho antes, corresponde principalmente a la parte biológica y toca específicamente a la sexualidad.

Hagamos una diferencia entre dos términos que usualmente la gente confunde pero que en psicología y en este libro vamos a diferenciar así: genitalidad hace referencia exclusivamente a genitales, es decir, al coito, al acto sexual; sexualidad, en cambio, es un concepto sumamente amplio y complejo, abarca toda la vida, se encuentra en todo el cuerpo y se relaciona con todo lo que hacemos, ya que implica al cuerpo, y produce placer, gusto, agrado. ¿El gusto y el placer dónde se sienten? ¿En el alma? No. En el cuerpo. Por lo tanto, una conversación, un baile o un tomarse de las manos generan placer. Esto es sexualidad. Genitalidad siempre es sexualidad, pero sexualidad no siempre es genitalidad.

Es en este sentido como se toma sexualidad a lo largo del libro y así fue como lo planteó Sigmund Freud¹¹, quien fue mal interpretado y se dijo de él que era un pan-sexualista.

Apoyados en la frase de Ana, en la cual da cuenta de los cambios corporales, reflexionemos sobre la atracción sexual y genital entre los dos sexos.

La atracción sexual en los primeros encuentros presenta diferencias entre chicos y chicas, debido a que ellas maduran sexualmente antes que los varones.

Por lo general se ve que las chicas le dan mayor trascendencia a una relación de carácter romántico que establecen con un chico. Ella se enamora y se apega más.

Este es un modelo cultural antiguo, en el que se consideraba que la mujer

debía mantenerse en su sitio y por ser femenina debía esperar a ser cortejada y nunca lanzarse a buscar con quién relacionarse.

En pleno siglo XXI, las cosas han cambiado; las personas no somos ajenas a los cambios sociopolíticos que vive nuestra sociedad tan determinada por la tecnología y la globalización.

La mujer, en respuesta a una tendencia de este siglo, está ocupando lugares restringidos antes sólo al varón; esto permite, ahora que las chicas tomen la iniciativa para comenzar una relación sentimental.

Las relaciones afectivas han cambiado, ahora, ni siquiera el noviazgo, aunque formal y comprometedor, es una relación tan seria y exigente como los modelos antiguos.

Una diferencia es que los muchachos suelen mostrar más experiencia sexual, están más iniciados en el sexo, que las chicas.

Esta diferencia está basada, según Sherman, en factores innatos acentuados por el aprendizaje debido a factores culturales. La capacidad de reaccionar a los estímulos psicológicos de naturaleza sexual (observación del sexo opuesto, figuras desnudas, etc) es también mayor en los muchachos que en las chicas.

Es cierto que los chicos muestran mayor interés en las películas y revistas pornográficas que las chicas. Sin embargo, no les podemos quitar el derecho a ellas a explorar y buscar llenar la curiosidad visual en lo referente al sexo. Lo que los adultos y mayores debemos hacer es desatanizar este tipo de prácticas y permitirles, en su privacidad, que los adolescentes satisfagan esta curiosidad, ya que de no hacerlo, se les generará mayor tensión y preocupación.

Una aceptación tácita, que de manera soslayada le indique al chico o chica que su padre comienza a respetarle esos espacios en donde se autoconstruye como sujeto de una sexo genitalidad incipiente, será de tan buen recibo que contribuirá a suavizar la relación entre ambos, indicando que hay una cesión de la autoridad y un reconocimiento a un adulto que inicia su crecimiento y a quien se le cede un espacio. Ello no chocaría con la explicación de que el exceso, en su práctica, podría conducir a banalizar la sexualidad, que es quitarle lo sublime y lo personalizante que ésta encierra. Además, se puede explicar que quien no supera el uso de la pornografía pierde el verdadero sentido de la misma, dado que de medio educativo se convierte en fin y ello empobrece a la persona y la relega a la inmadurez emocional.

Es importante que esta aceptación tácita o explícita le enseñe al adolescente que los adultos somos sexuales, que disfrutamos el sexo lícitamente y que no estamos más allá del bien y del mal. Ello contribuirá a que el mismo chico acepte con más tranquilidad sus impulsos.

Otra diferencia está relacionada con el significado distinto que tiene para los muchachos y las chicas la relación heterosexual; para las mujeres, esta relación

eminente-mente psicológica, es la forma más importante de relacionarse con el otro. Considera al varón no como un objeto para su satisfacción sexual, sino como un camino para realizarse y convertirse en una verdadera mujer.

He aquí una clave muy importante: la genitalidad es una forma de relación y desarrollo. Por eso es típico escuchar de las chicas que el coito es algo bello o sublime dado que ahí se entregan todas. Y por esa razón presentan mayores reticencias para acceder al coito con el chico; quieren estar seguras de no ser objeto meramente de descarga sexual. Esperan de su compañero un sentimiento de amor y cariño.

En la chica existe un sentimiento de vergüenza y pudor que algunas veces se transforma en odio como mecanismo de defensa con el chico con quien mantuvo una relación coital. Esto se conoce comúnmente como el "complejo de prostituta" y se refiere a la situación de no volver a ser requerida por el chico después del coito. Suele suceder. El muchacho no vuelve a llamar. No visita. Pareciera que sólo buscaba la relación coital y ya no tiene otro interés. La chica lo capta. Le duele. Se autodesprecia. Se siente usada e irrespetada. Puede ser que el muchacho en realidad no tuviera esa intención, pero el juego se presenta así y la chica no puede evitar ese sentimiento que, las más de las veces, la lleva a la depresión. Este panorama está cambiando, y es corriente encontrar adolescentes que se dicen a sí mismos: que he usado a tal o cual muchacha. Es posible que sea sólo una forma de defenderse ante la sensación interior.

Mientras que para el muchacho la relación, predominantemente biológica, es algo circunstancial, una forma más de interacción, así como una manera de satisfacer sus deseos genitales; es usual considerar a las chicas mero instrumento en su desahogo sexual, cambiando constantemente de objetivo.

La sociedad occidental difícilmente puede abandonar el machismo, que considera al varón como instrumento de reproducción. Este fenómeno desfigura al hombre como persona; lo encierra en una fantasmagoría que le hace indigno de la ternura, y la debilidad características de cualquier persona plenamente humana.

El machismo es acelerado y acentuado por los medios de información, que constantemente envían mensajes al varón para que seduzca y conquiste a las chicas, aunque para ello tendrá que tener poder económico y vigor físico. No se le perdona alguna falta en su respuesta sexual. Tiene que ser como un "toro semental".

Es común, por lo tanto, encontrar a muchachos que presumen en su círculo de amigos, cuántas chicas han pasado por sus manos, generando en los otros, la compulsión a buscar relaciones pasajeras, y muchas veces la prostitución, sólo con la intención de probarse a sí mismos su virilidad.

Es importante el papel de padres y educadores en el cambio de actitudes que le devuelvan al chico su espacio como persona, en el cual se reivindique el papel

alto y sublime de la sexualidad y su relación con la mujer como persona y complemento.

La disociación de la genitalidad y la ternura en estas primeras relaciones heterosexuales puede presentar inconvenientes para el muchacho o la chica.

Para el muchacho, el reducir a la chica a mero instrumento sexual así como en sus dificultades para comprenderla en sus demandas de la relación profunda y duradera; para la chica, el no sentir por el muchacho sino un sentimiento platónico y no comprenderle en sus demandas de satisfacción sexual. Esto se ha expresado diciendo que los hombres dan amor por sexo, y que las chicas dan sexo por obtener algo de amor.

Mientras nuestra cultura no cambie sus esquemas, los cuales impulsan al varón a apretar el acelerador y a la chica el freno, en lo que a genitalidad se refiere, no tendremos la posibilidad de que la relación hombre-mujer no presente estas ambigüedades y diferencias que le restringen su altura de conexión humana trascendente.

NECESIDAD DE APROBACIÓN

Todos dicen que hablo de manera afectada, que soy ridícula cuando callo, descarada cuando contesto, taimada cuando tengo una buena idea, holgazana cuando estoy cansada, egoísta cuando como un bocado de más, tonta, cobarde, calculadora, etc. Todo el santo día me están diciendo que soy una tipa insoportable, y aunque me río de ello y hago como que no me importa, en verdad me afecta, y me gustaría pedirle a Dios que me diera otro carácter, uno que no haga que la gente siempre descargue su furia sobre mí.

Ana Frank

La manera particular como Ana expresa sus senti-mientos, muestra cómo a los adolescentes les afecta demasiado lo que piensan los adultos, pero especialmente sus padres y sus cercanos. Es típica esta actitud en la que se contrapone la fachada de que “nada les afecta”; “nada les importa” o como si fueran siempre impasibles, y con el solo gesto de “alzar los hombros”, se dijeran, me resbala. Pero no. El adolescente es débil. Su naturaleza sentimental es frágil y está muy necesitado de aprobación exterior. El proceso de autoafirmación, que es la secuencia de adquisición de un yo propio, parece que le exigiera la actitud de frialdad y fortaleza para mostrarle a los grandes que él lo es también y que ya ha abandonado todos los comportamientos de niño, cuando el solo llanto rompía cualquier acto brusco o agresivo contra él.

Es curioso que los adultos actúen como si imaginaran que todo esto es una pantalla que el adolescente pone y que en su interior hay mucha fragilidad y quizá dolor. Esto es lo que acentúa las distancias entre los adolescentes y los adultos: ambos se vuelven fríos y distantes, cuando el chico, lo que anda buscando es comprensión, aceptación, orientación y no ataques incisivos y muchas veces agresivos.

Al final el adolescente sucumbe a la soledad a la que lo lleva esta relación y se refugia en sí mismo.

Con la ingestión desmesurada de alimentos el adolescente obeso pretende compensar sus profundos sentimientos de soledad (obesidad y soledad se sitúan

en una misma dimensión y, como resultado de la misma, pretende también huir de su incipiente pero apremiante maduración genital).

La soledad que vive el adolescente es sui generis. No quiere ser como los adultos y tampoco quiere mantenerse en la infantil irresponsabilidad: se encuentra en un lugar virtual, sólo que es un lugar que tiene que construir porque no existe, y pareciera que los adultos no le dan franquicia para su existencia legal. Es tal la fuerza de los mayores, que muchos optan por seguir con los rasgos infantiles y otros por madurar prematuramente y asumir tempranamente los compromisos y/o maneras de los adultos sin darse la posibilidad de aceptarse como adolescentes con todo lo bello y mágico que ello puede encerrar.

¿Será cierto que a los adultos les da envidia este ingreso al lugar virtual de la existencia adolescente? Sea cierto o no, el adolescente siente una profunda soledad al no encontrar un interlocutor válido que comprenda esta búsqueda. Es una soledad difícil de entender, ya que no es física, ni es ocasional por una ruptura amorosa, por eso no la llena ni la calma una pareja afectiva: se lleva adentro y sólo él mismo puede curarla de la mejor manera posible: aceptándola, asumiéndola. He ahí, entonces, la desmesurada necesidad de comer, beber, salir. Pero la ingestión de alimentos pareciera que protegiera y calmara un miedo inconsciente; algo así como el chupeteo del biberón de aquellas épocas de dulce amamantamiento al lado de mamá. Entonces, el cuerpo empieza a engordarse, a crecer o en el peor de los casos, a inflarse.

El cuerpo hinchado actúa como si de una burbuja se tratara, pues con él se siente seguro, protegido, pero a su vez aislado, vacío. Depresión y esquizofrenia van comúnmente asociadas a la obesidad.

Ahora bien, amplíemos un poco el asunto de la esquizofrenia. El mismo término ya nos indica algo: Schizein: división y frenos: mente; algo así como una mente dividida. Una mente que es y que no es a la vez: una dualidad, es el ser y el no ser que vuelve a manifestarse en el adolescente. Adquiere un cuerpo que infla de ingestión desmesurada de alimentos que se constituye en una especie de caparazón, y que a la vez es motivo de gran angustia y preocupación, porque el ingreso a la obesidad no será bien recibido en esta sociedad que privilegia y rinde culto al atletismo y la esbeltez.

Paradójicamente, el adolescente pertenece a una cultura en este siglo XXI matizada por la sobrevaloración del cuerpo cuidado y cultivado, donde sobreabundan los gimnasios, la comida vegetariana y los encuentros a partir del cuerpo que tenga las condiciones físicas para ser aceptado en los cánones de belleza que fijan los medios de comunicación, principalmente el cine, la televisión y revistas de farándula. Pero he aquí el dilema que atraviesa el adolescente: comer y no comer; sentirse vacío, solo y deprimido o asumir todo este cúmulo de emociones sin ingerir ningún alimento y no construir ningún

parapeto que le proteja de un mundo que se le viene y amenaza con tumbarlo.

No podemos olvidar que al adolescente le ha llegado algo esperado, ansiado y a la vez temido: una genitalidad sin manual de instrucciones y sin nadie que le dé una inducción.

Ya hemos visto cómo la incapacidad de percibir y aceptar la posesión de un cuerpo genital conduce en la adolescencia a distorsionar la imagen corporal.

Si bien con ello consigue sentir la realidad interna como segura, se pone en cuestión el contacto con la realidad.

Estrenar cuerpo no es nada fácil. Se pueden estrenar zapatos o bicicleta. Pero el cuerpo sí es complicadísimo, sobre todo porque ello hace construir un yo diferente, y por tanto una nueva percepción del mundo, su entorno y su realidad. Un cuerpo genital, la posibilidad de tener control del placer. Ya existen erecciones, eyaculaciones, orgasmos: todo un mundo mágico, prohibido, que permite un disfrute que estaba vedado y cuya llave la vida ha venido a darle, sin que por ello tenga que pagar: sólo el dolor del crecimiento, de la confusión. Llega la genitalidad y con ella también el deseo, la libido que se sube, el enrojecimiento, la excitación, en algunos casos el desespero y una sociedad que pone cortapisas, que prohíbe, que culpabiliza y que no ofrece posibilidades.

No se sabe qué es peor: si la prohibición tajante o el silencio adulto que aparenta no darse cuenta de las turbulencias que se están dando en el interior del chico o la chica y que se queda sólo con este gigante que está despertando y quiere invitarlo a conocer el mundo en sus hombros. Por eso es mejor construir una realidad diferente a la de los adultos, propia; con fantasías, sueños e ilusiones; en la que haya discotecas, rumba, droga y espacios privados; que sea muy distante a la de los mayores. ¿Acaso a esto se le llama psicosis? Tal vez lo sea en el lenguaje de los adultos, pero a los adolescentes se les antoja un universo propio, único y protector, que les permita entrar y salir de la fría realidad de su entorno que no comparte pero que respeta y requiere para satisfacer sus necesidades.

EL ADOLESCENTE Y LA FAMILIA

Estos últimos días estoy sintiendo cada vez más claramente que no encajo en mi familia. Se ponen tan sentimentales cuando están juntos, y yo prefiero serlo cuando estoy sola. Y luego hablan de lo bien que estamos y que nos llevamos los cuatro, y de que somos una familia tan unida, pero en ningún momento se les ocurre pensar en que yo no lo siento así.

Ana Frank

La reflexión que se hace Ana debería llevarnos a los adultos a preguntarnos cómo se sienten nuestros hijos adolescentes en la casa, cómo viven la cantaleta que a veces les damos. Porque, por lo general, nosotros creemos que los chicos no tienen problemas y si los tuvieran, no son de importancia. Creemos que lo único que tiene importancia es aquello que involucra cifras económicas, o facturas sin pagar.

También es importante resaltar que, para los adolescentes, la familia es muy importante. Se vuelve central, así como los problemas generados por ésta. No se trata de asumir una actitud laxa, "alcahueta", pero sí comprensiva, abierta y con disposición a escuchar, la cual transmite amor y permite que el chico también se abra y dé pasos de acercamiento o de cambio.

Si el chico tiene que abandonar la casa (tal vez hacia donde un tío, o amigo), seguramente lo vivirá de manera dolorosa y dramática. También los padres, aunque aparenten un rostro impasible, sienten el vacío y la soledad, además de la culpa por la situación de impotencia o incapacidad para llevar la relación con sus hijos.

LOS PADRES NO SON AMIGOS DE LOS HIJOS

De golpe me he dado cuenta por fin de cuál es el defecto que tienen. Ella misma nos ha contado que nos ve más como amigas que como hijas. Eso es muy bonito, naturalmente, pero sin embargo una amiga no puede ocupar el lugar de una madre. Siento la necesidad de tomar a mi madre como ejemplo, y de respetarla; es cierto que en la mayoría de los casos mi madre es un ejemplo para mí, pero más bien un ejemplo a no seguir.

Ana Frank

Ana está refiriéndose a una frase que suelen usar algunos padres: "Mi hija (o) y yo somos amigos". ¿Qué están diciendo? ¿Amistad? ¿Ignoran acaso que la amistad sólo se da entre iguales? ¿La relación padre e hijo es paternal-filial? ¿El padre debe ser la norma o autoridad? Y que para hacerlo, necesariamente tendrá que tomar distancia (una distancia prudente y apropiada) que le permita demostrar por qué es el quien pone las reglas y además, es el encargado de impartir justicia.

Entre amigos existe una relación de confidencialidad, apoyo y complicidad. Un amigo es aquel que se parece mucho a uno y no está ni para evaluar, ni para aconsejar. Cuando un amigo actúa como sabelotodo y consejero, es como si transmitiera una idea de perfección que el otro recibe casi como una evaluación.

La conversación con el amigo busca más que consejos, una escucha y apoyo incondicionales. Busca comprensión y aceptación. Un verdadero amigo nunca insinúa ser mejor que el otro. Mucho menos corrige, normatiza o castiga.

Los padres, por esa razón, tienen que mantener una distancia prudente y natural. Esa distancia la da su experiencia, su madurez, su amor y su papel de formadores de nuevas generaciones. Ello, naturalmente, no excluye un contacto cálido, cariñoso y cercano que dé confianza a los hijos.

CONCLUSIÓN

Si pensamos en el final de la adolescencia, debemos situarla en la adultez. Pero queda la pregunta ¿cuándo comienza? ¿Qué criterios se deben tener en cuenta para considerar que un chico ya no es adolescente sino un adulto? ¿Bastaría con señalar su matrimonio, condición de maternidad o paternidad, ingreso laboral? Estamos de acuerdo con que esto no es suficiente. Inclusive podemos considerar que la edad tampoco es indicadora de madurez y por tanto, no señala el final de la adolescencia.

La Doctora Fiona Ulph, de la Universidad de Sout-hampton, Highfield en Inglaterra, realizó una investiga-ción con 1.300 jóvenes, con quienes abordó la pregunta que nos inquieta ahora: ¿cuáles son las condiciones o características de una persona adulta, independiente de la edad y los aspectos arriba señalados?

Fruto de este trabajo se encontraron cinco elementos:

1. Aceptar la responsabilidad por las consecuencias de las acciones.
2. Establecer sus propias creencias y valores.
3. Lograr la independencia financiera.
4. Ser menos orientados hacia sí mismos.
5. Ser más considerados con los demás y evitar conducir en estado de embriaguez.

Como se puede notar, es difícil encontrar estos cinco elementos juntos en una persona. Pero si realmente analizamos uno a uno llegaremos a la conclusión de que la madurez es un estado interior y no la consecuencia de aspectos exteriores. Los que somos educadores y/o padres de adolescentes tenemos la delicada misión de facilitar una adolescencia tan sana que desemboque en la asunción de estos criterios como condición para generar jóvenes con características de adultos, con quienes podemos interactuar en una dimensión de diálogo horizontal de respeto y comprensión.

1. Aceptar la responsabilidad por las consecuencias

de las acciones

Llegar a la adultez es un proceso difícil. Tal vez algunas personas jamás lleguen a ella. Podrán pasar años y años y no serán adultos.

La madurez está en el interior, no en lo exterior. Asumir las consecuencias de los hechos es algo más que portarse correctamente. Es ponerle el pecho a la brisa y, en un acto consciente, reconocer la virtud inherente a toda persona: el libre albedrío o autodeterminación. Dado que siendo humanos cometemos errores, ello no nos quitará el sentido de adultez, siempre y cuando tengamos la capacidad de enfrentar y reconocer que todo se debió a una decisión deliberada, en la que siempre existió la posibilidad de decir no.

La buena suerte o la mala suerte se convierten también en el parapeto en el que personas con incapacidad para asumir la responsabilidad de sus acciones, se niegan a crecer. Es más fácil decir: "tengo mala suerte", que reconocer que ha habido falta de creatividad, esfuerzo, sacrificio, honestidad, trabajo, fe en sí mismo, puntualidad, constancia, en fin, una serie de actitudes que están dentro de nosotros mismos y que, por lo tanto, podemos controlar.

Ser adulto, entonces, es reconocer que el control está dentro de nosotros, que si triunfamos o fallamos se debió al esfuerzo nuestro y no a factores externos. Frases como: "es que no me quieren", "es que no me dieron la oportunidad", "es que..." factores externos que evitarían reconocer la responsabilidad de las acciones. Podemos ayudar a los adolescentes a volverse adultos, claro que siéndolo primero nosotros, o trabajando para convertirnos en ello.

Podemos generarles ocasiones que les permitan comprender que todo depende de uno mismo; esto se logra evitando las excusas y actitudes supersticiosas. El reconocimiento de que la causa del fracaso está en nosotros mismos genera dolor, por eso, muchos individuos prefieren culpar a los demás de los resultados de sus acciones o explicarlos por factores externos. Sin embargo, ser adulto es aceptar...

Ser adulto es aceptar el dolor que genera el reconocer la responsabilidad propia en los actos. Es asumirnos como sujetos de la debilidad, la pereza, ineptitud, envidia, aspectos muy humanos que nos restan o restaron posibilidades de crecimiento.

Ser adulto no siempre es ser exitoso. Ser adulto es ser lo que somos. Tal cual, sin fachadas, ni apariencias.

Ser adulto es saber que las circunstancias las podemos transformar en vez de acomodarnos a ellas pasivamente como en aquellas épocas de niñez, cuando todo lo recibíamos sin ningún esfuerzo propio.

Ser adulto es ser consciente de que lo que hagamos (bueno o malo) tendrá repercusiones, así como cuando se lanza un boomerang y se vuelve hacia nosotros. Cosechamos lo que sembramos. Recibimos lo que damos, como lo

explica la filosofía oriental con la ley del Karma–Dharma.

Hay muchas formas de llenar años, tener cuerpo de adulto y seguir siendo niño: el alcohólico o drogadicto que dice enajenarse para evadir sus traumas y problemas y no asumirlos de manera valiente y firme.

2. Establecer sus propias creencias y valores

Adquirir autonomía y por tanto, la capacidad de autodeterminación, es escuchar la voz del corazón y los sentimientos propios. No es fácil si toda la vida un chico ha dependido de los criterios y opiniones de los adultos con quienes ha interactuado. Construir un criterio sobre algo no es fácil, ni menos adquirir una escala de valores propia.

Por eso ser adulto no es estar ceñido a las creencias simplemente porque otro lo diga (el sacerdote, el pastor, el líder, el rabino), sin que la propia persona haya sometido esas creencias a su escala individual y privada de fe.

La obediencia ciega a una escuela o doctrina no es, por lo general, una característica de adultez o madurez. La conciencia de que las personas y las instituciones tenemos tanto aspectos positivos como negativos es una actitud objetiva, que probablemente nos conducirá a construir una opinión más realista y propia de algo.

Por eso el joven en su adolescencia somete todo a la duda, y quiere hallar en sí mismo la razones para creer o no creer. Si sale airoso y descubre que no tenía razones propias para sostener creencias, y entonces, comienza a buscarlas, está en camino a la madurez.

Se corre el riesgo de caer en el extremo opuesto: chicos que se vuelven ateos, anárquicos y rebeldes sin causa; que no se dan cuenta de que en el fondo son muy obedientes a un caudillo que les induce cierto tipo de doctrinas o pensamientos; y que obedecen unos manda-mientos que paradójicamente ordenan la desobediencia y anarquía. Es como si se enfilaran ante un nuevo gurú, pero con la intención de criticar, burlarse y desafiar el orden establecido ¿Esto es una creencia propia? ¿O es manipulada?

3. Lograr la independencia financiera

Podemos decir que un adulto es alguien que no depende de otro. No necesita nada. Se basta a sí mismo, para lo cual es fundamental el aspecto económico.

Los jóvenes adolescentes tienen dependencia de sus padres en cuanto a la manutención y todo lo atinente a su sostenimiento en el orden económico. Muchos padres, de manera equivocada, tratan de presionar a los chicos con amenaza de quitarles su mesada o incluso con echarlos de la casa, lo cual genera en ellos dolor y resentimiento tan profundo que se construye algo peor que lo que se quiere evitar.

Preparar a nuestros hijos para que satisfagan sus necesidades y se eduquen en el manejo equilibrado de las finanzas, de modo que puedan darle el

significado justo al dinero, no es fácil pero es fundamental.

Si una persona tiene años y años pero depende económica-mente de otra, no puede considerarse adulta. Detrás del dinero puede ejercerse manipulación, gobierno y sujeción. Quien paga o sostiene puede regañar o exigir. Quien es adulto se autosatisface porque tiene la capacidad mental, la preparación y la creatividad para generarse los ingresos que le permitan sostenerse.

No hay equilibrio emocional si no existe la sensación interior de ser autosuficiente. Esta es toda una tarea y un proyecto de vida: liberarnos del cordón umbilical que nos pudiera atar a nuestros padres, nuestra pareja, nuestros familiares, o a alguna institución que, en un momento de crisis, pudo ofrecernos ayuda.

Es clave, la independencia financiera en la concepción de la adultez y madurez.

4. Ser menos orientados hacia sí mismos

Es importante considerar este aspecto que casi nunca se toca. Por eso suena raro que los orientales, tal como la señala Anthony de Mello, digan que el yo deba morir, como una forma para crecer y mejorar las relaciones con los demás. Sí. Yo egolátrico, egocéntrico. El yo que pide la primacía sobre las demás personas.

El adolescente atraviesa una etapa narcisista, en la que sólo importa su proceso interior: la identidad, la autoridad, la sexualidad. Todo ello genera que las miradas e intereses se centren en su mundo interior y no exterior, ni siquiera queda en un segundo plano sino que no se le considera. Para los chicos y las chicas, el espejo se convierte en centro de la vida: mirarse y mirarse; el cuerpo y su estética, el maquillaje y sus vestidos, el piercing y los adornos. Los gimnasios y lugares de embellecimiento son los templos para los adolescentes, son sus lugares preferidos.

Pero crecer es olvidarse un poco de sí mismos y atender al mundo objetivo. Es el paso de la subjetividad a la objetividad. De cómo es la realidad.

La adultez, entonces, es algo difícil si consideramos que en un mundo civilizado exista tanta dificultad para entendernos unos con otros, ya que quienes nos consideramos maduros tenemos incapacidad para salir de nosotros mismos y considerar el punto de vista ajeno.

Es preciso entonces, para crecer sanamente, estar orientados hacia sí mismos, abandonar la preocupación por el cuerpo y cómo me ven y centrar la mirada en aspectos trascendentales como la vocación y misión en el mundo, crecimiento espiritual, conocimiento y sabiduría. Claro que ello sin renuncia a la autoestima que considera el bienestar físico y mental.

5. Ser más considerados con los demás y evitar conducir en estado de embriaguez

Este aspecto está conectado con el anterior, pues el considerar a los demás es algo que nos llega tarde. Tal vez a su tiempo. Algo así como la chica que ya ha tenido tres hijos y reconoce y valora los esfuerzos que tuvo su madre con ella y sus hermanos o el hombre de 40 años que rememora a su padre y valora o quizá, añora a su propio progenitor. Son signos de crecimiento y madurez. Pero no es menester vivir la propia experiencia para ser considerado con los demás. Sólo se necesita llegar a la adultez y lograr madurez.

Valorar, por ejemplo, el esfuerzo de los profesores de bachillerato, en su afán no sólo por impartir instrucción sino por mantener la disciplina en el aula de clase también indica crecimiento. Esta actitud de sabiduría implica que quien lo hace tiene la capacidad de salir de sí mismo y ponerse en el lugar del otro. Es un acto de humanidad comparable a los actos heroicos cristianos de la madre Teresa de Calcuta, quien pudo compadecerse del dolor y sufrimiento ajenos.

Tener compasión (aunque sea un acto y gesto de extrema consideración) también muestra adultez, porque implica salirse de sí mismo para mirar al otro y sentirse como él.

A quien no ha madurado, no le preocuparán los afanes de los otros, no será ahorrador ni se sentirá responsable de daños o despilfarros públicos. ¿Estamos nosotros los adultos tan maduros en estos aspectos como para generar adolescentes que también lo sean?

He aquí el porqué de los retos y desafíos que nos plantea la adolescencia. Lo bueno es que podemos intentarlo.

La doctora Uplh dice además que ser adulto también es evitar conducir en estado de embriaguez.

Este segundo punto de la última característica resultaría incomprensible para nosotros los latinoamericanos en donde los índices de accidentalidad tan altos obedecen a dosis de alcoholemia. Pero vale la pena considerarlo ya que entonces ser adulto es "entregar las llaves" como rezan tantas campañas que apuntan a lo mismo: evitar conducir embriagados.

Si hiciéramos un diagnóstico de la adultez en nuestros países latinoamericanos, a partir de este solo aspecto concluiríamos que nuestras sociedades no son adultas.

Sin embargo, desde un análisis racional, y, conectado con la consideración para los demás, la sobriedad y el evitar conducir un automóvil cuando se bebe es la aspiración a la madurez que todos tenemos que asumir en la búsqueda de una comunidad más civilizada cada día. Pero el ejemplo, claro, tenemos que darlo nosotros quienes nos consideramos adultos, formadores de adolescentes.

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre, Baztan Ángel. Psicología de la Adolescencia. Madrid, Editorial Omega, 1980.

De Mello, Anthony. "La Iluminación es la espiritualidad". Editorial Kairos, 1980.

Eriksson, Erik H. Identity, youth and crisis. Faber, NuevaYork, 1968.

Frank, Ana. Diario. Editorial Longseller, 2004.

Freud, Ana. El yo y sus mecanismos de defensa. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 1960.

Freud, Sigmund. Obras completas. Editorial Amorrortu, 1980.

Friendenberg. Adolescence, Its Psychology and its relations to Physiology, citado por, Aguirre, Baztan Angel. Psicología de la adolescencia. Madrid, Editorial Omega, 1980.

Hopkins. La sexualidad en la adolescencia. En Adolescencia años de transición. Buenos Aires, Paidós, 1987.

Inhelder, Piaget. "De la lógica del niño a la lógica del adolescente". Madrid, Editorial Siglo XXI, 1970.

Kaplan, Ls. El adiós a la infancia, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1986.

Mussen, PH et al. Child. Development and personality, Nueva York, Editorial Harper and Row, 1980

Sherman. Adolescence, Its Psychology and its relations to Physiology, Aguirre Baztan, Ángel. Psicología de la adoles-cencia, Madrid, Editorial Omega, 1980.

Sullivan, Adolescence, Its Psychology and its relations to Physiology, Aguirre Baztan Angel-psicologia de la adolescencia. Madrid, Editorial Omega, 1980.

Ulph, Fiona. Investigación con adolescentes sobre adultez. Universidad de Southampton, Highfield, Inglaterra. Agencia Reuters, Mayo 9/2002.

Wilde, Óscar. El retrato de Dorian Gray. Editorial Guada-rrama, 1980.

Zuleta, Estanislao. El pensamiento psicoanalítico, Medellín, Editorial Percepción, 1992.

Índice

¿Sabrá alguien lo que pasapor la mente de un adolescente?	2
Óscar Suárez	3
Epígrafe	4
PRESENTACIÓN	5
INTRODUCCIÓN	7
¿Qué es la adolescencia?	9
Conciencia de la adolescencia	11
Crisis de identidad	20
Relaciones isofílicas	27
Contestación o rebeldía	33
Masturbación	38
El despertar del amor	41
Idealización y romanticismo	44
Tendencia a la soledad	54
Pensamiento formal	57
Mecanismos de defensa	62
Duelos adolescentes	66
Sexualidad y genitalidad	70
Necesidad de aprobación	74
El adolescente y la familia	77
Los padres no son amigos de los hijos	78
CONCLUSIÓN	79
BIBLIOGRAFÍA	84